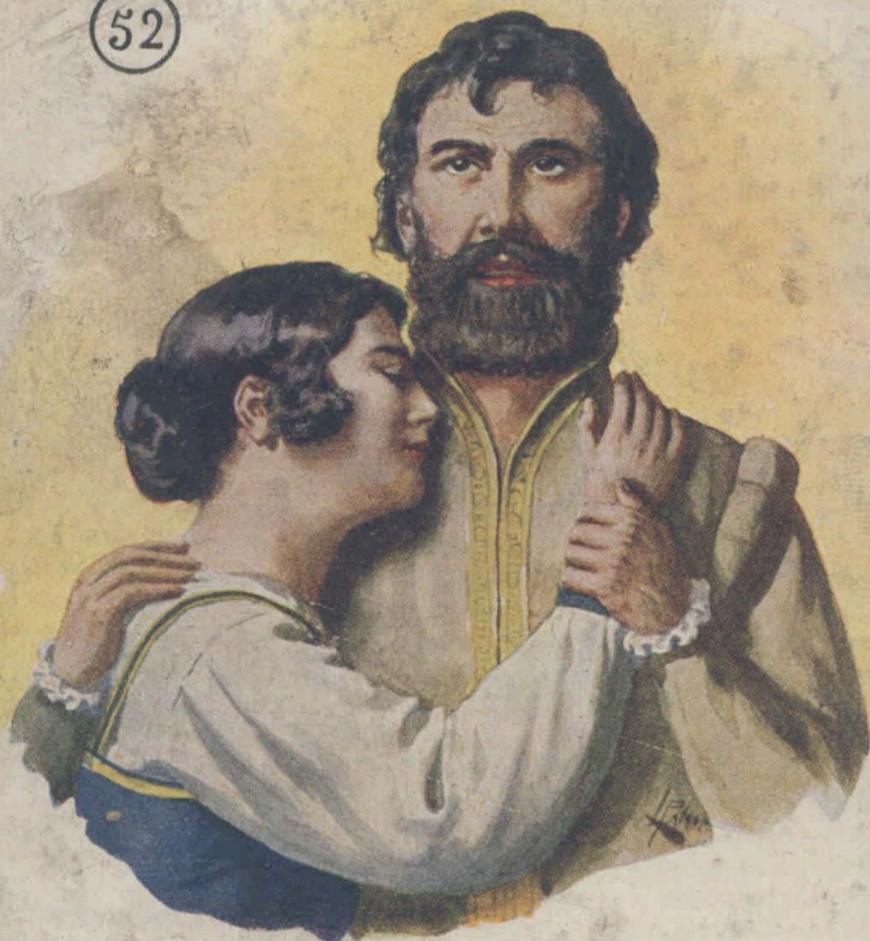


BIBLIOTECA SELECTA

CRISTOBAL SCHMID

ROSA DE TANENBURGO

52



RAMON SOPENA-EDITOR

PROVENZA-93A-97-BARCELONA

C = 1 Dnia
89



00037889

OBISPADO DE BARCELONA

NIHIL OBSTAT

EL CENSOR,

DR. CARLOS CARDÓ SANJUAN

CANÓNIGO

Barcelona, 2 de Junio de 1926

Imprimase,

José, Obispo de Barcelona.

Por mandato de su Excia. Ilma.

Dr. Francisco M.ª Ortega de la Lorena,

Canciller-Secretario.

BIBLIOTECA SELECTA

C. SCHMID

ROSA DE TANENBURGO

VERSIÓN CASTELLANA DE
J. PÉREZ MAURAS

29.456



RAMÓN SOPENA, EDITOR
PROVENZA, 93 A 97

Derechos reservados.

ROSA DE TANENBURGO

I

LA EDUCACIÓN DE ROSA

Hacia el límite meridional de la Suabia, hermoso país por su exuberante vegetación, y en cuyo fondo se alzan las montañas de Suiza, siempre cubiertas de nieve, había sido fundado, en tiempo inmemorial, sobre un montículo pedregoso y poblado de abetos, el célebre castillo de Tanemburgo. A pesar de los siglos que habían transcurrido después de su demolición, sus dismantelados torreones y musgosas paredes causaban aún una particular impresión en el ánimo de los viajeros cuando, al atardecer, o a la pálida claridad de la luna, contemplaban aquellas ruinas milenarias y bendecían en su corazón a los nobles señores que allí habitaron e hicieron feliz su dilatada comarca.

Antiguamente habían vivido en aquel castillo, dichosos y contentos, el caballero Edelberto y su esposa Matilde. Edelberto era un bizarro guerrero; pero, a pesar de su ruda profesión, bajo su cota de acero latía un corazón amoroso y sensible. Era un varón sumamente pia-

doso, de una lealtad a toda prueba y muy bondadoso para con sus vasallos. El príncipe de Suabia le dispensaba su amistad, y hasta el emperador le había distinguido entre todos los demás caballeros.

Matilde, la esposa de Edelberto, mujer de extraordinaria hermosura, era muy respetada y querida por su talento, religiosidad, virtud y caridad para con los pobres.

En aquellos tiempos turbulentos y belicosos, el caballero Edelberto permanecía poco tiempo en su castillo, pues acompañaba frecuentemente al príncipe en las expediciones militares, y pasaba a veces años enteros en campaña. Su esposa, durante su ausencia, se consolaba con la compañía de su tierna hija Rosa, dotada de las mismas bellas cualidades, morales y físicas, que la madre, cuyo único anhelo era educarla en el santo temor de Dios y admirar las grandiosas obras del Creador.

Matilde acostumbraba socorrer con dinero o comida a los más necesitados, y por mano de su hija hacía distribuir estas limosnas con objeto de que aprendiese a conocer por experiencia la satisfacción de hacer el bien al prójimo.

En cierta ocasión, siendo el cumpleaños de Rosa, ésta recibió de su padre un escudo de oro para que comprara lo que más le agradase. La buena hija preguntó a su madre qué objeto le parecía que comprase con aquel dinero, y ésta le enumeró una infinidad de chucherías, sin que Rosa acertase a elegir ninguna. En ese instante se presentó una pobre viuda que, a consecuencia de un contagio, había perdido la única vaca que poseía. Matilde, después de oír a la desgraciada, le dijo :

—Tomad estas monedas, es todo cuanto puedo daros ; siento que no os alcance para comprar otra vaca.

Rosa, al oír esto, corrió a su habitación, volviendo poco después con el escudo de oro que le regalara su padre, y, poniéndolo junto al dinero de su madre, dijo a la viuda :

—Ahora podréis comprar la vaca, buena mujer. Yo ya tengo bastantes vestidos y alhajas, y no me hace falta ese dinero.

La infeliz viuda lloraba de gozo y quiso besar la mano de Rosa. Cuando hubo partido, la madre abrazó cariñosamente a su hija, y le dijo :

—Rosa querida, tu acción es digna de loa ; y para mí vale más que millares de escudos, más que todas las galas y adornos del mundo, tu digno proceder para con esa desdichada.

Desde la más tierna infancia, Matilde enseñaba a su hija a ser obediente, y al efecto, le proporcionaba diariamente ocasiones de ejercitarse en la obediencia y de vencer los antojos ; pues cuanto la madre ordenaba debía ser inmediatamente ejecutado y dejar sin dilación cualquier otra tarea y todos los juegos. Sin permiso de su madre, Rosa no podía coger una florecita del jardín, ni arrancar ninguna fruta del huerto ; pero la buena señora tampoco recibía ninguna satisfacción con sus frecuentes prohibiciones o mandatos. Aborrecía las continuas y a veces superfluas órdenes y correcciones hechas a los niños, y decía :

—Conviene dar pocas órdenes, pero éstas han de ser exactamente cumplidas. El Señor, en sus mandamientos, sólo nos ordena diez cosas para que sean buenos y dichosos los hombres, y si se hubiesen guardado, nos hubiéramos ahorrado otras mil.

Matilde, a quien jamás se la veía ociosa, siempre daba alguna ocupación a su hija, pues, cuando se sentaba a trabajar, también Rosita debía hacer alguna labor.

En efecto, Rosa, desde muy niña, aprendió a hilar con primor, y no tardó mucho en manejar con destreza la aguja. Bajo la dirección de su madre se confeccionó un vestido con tela de hilaza hecha por ella misma, y al ponérselo por primera vez, sintió una infinita satisfacción. Ya no le causaba tanto placer la rica tela que en

una ocasión le había traído su padre cuando volvió de una de sus expediciones.

Matilde, según costumbre de aquella época, cuidaba por sí misma de guisar, y siempre encontraba medio de dar a su hija alguna pequeña ocupación, aunque no fuese más que mondar guisantes o habas. Pero, cuando la hacendosa madre disfrutaba más, era cuando se ocupaba en el jardín lindamente plantado, donde al mismo tiempo los ejercicios al aire libre eran, tanto para ella como



para su hija, muy provechosos para su salud. Rosa se aficionó también a los trabajos de jardinería. Su madre le señaló unos cuadros aparte en el jardín, y le compró un pequeño rastrillo, una regadera y otros instrumentos, y entonces proporcionaba siempre a Rosa trabajo en qué ocuparse desde los primeros días de primavera, en que florecían los melocotoneros, hasta el otoño, en que caía la hoja. Alegre y satisfecha la niña, plantaba semillas y tiernas posturas, regaba las plantas y arrancaba las hierbas perjudiciales, amontonaba la tierra alrededor

de los pies de berza, y ataba a lo alto de las cañas las trepadoras ramas de guisantes. Cuando se sirvieron a la mesa los primeros guisantes que Rosa había cultivado y guisado, experimentó una íntima satisfacción, y creyó que jamás había probado un plato tan exquisito.

La juiciosa madre atendía preferentemente a que la precoz vanidad y el gusto para los adornos de los vestidos de su hija no corrompiesen el corazón de ésta.

Siendo Rosa ya más crecida, vino un día el príncipe a Tanemburgo para hacer una visita a Edelberto, del que era amigo, con cuyo motivo fueron convidados muchos caballeros y damas de la comarca.

Teniendo Rosa que presentarse ante los convidados con un vestido y adornos adecuados a su edad y posición, la vistieron de seda y la engalanaron con joyas de gran valor. Los huéspedes alabaron la belleza y atavío de la joven, dirigiéndola frases lisonjeras que agradaron a Rosa.

Cuando los convidados se retiraron a sus casas, Matilde dijo a su hija :

—Las frases que nuestros convidados te han dirigido, me han causado profunda pena. ¿Acaso no tenían que alabar en ti otra cosa sino ese traje y esas alhajas que ahora te volverás a quitar? Al tejedor de la seda y al pulidor de las piedras, y no a ti, cuadraban bien esas alabanzas. Celebraron únicamente tu figura, que no es mérito tuyo, y cuya belleza desaparece con el tiempo, y un día se convertirá en polvo. ¡Oh Dios mío, si mi querida hija no tuviese más que esos atractivos, yo sería una madre muy desdichada! ¡Ah! hija mía, aspira a las prendas que te honren.

Para educar esmeradamente a su hija, el ejemplo de Matilde influía más que cuanto podía decirle. El comportamiento de la madre era un límpido espejo, en el que la hija veía diariamente cómo debía obrar y lo que había de ser. Era tan modesta, afable y bondadosa la madre, que sus modales eran siempre un mudo elogio

de aquellas virtudes. No era jactanciosa, y a nadie daba a entender sus preeminencias de cuna, riqueza y talento. En su dulce y afectuoso semblante jamás asomaba la cólera, nunca murmuraba de los demás, ni sus labios proferían jamás palabras vituperantes ni vituperables. Su piedad y filantropía causaron tal impresión en el corazón de su hija, que siempre las recordó.

Con los enfermos, dolientes y menesterosos, la caritativa señora demostraba un gran celo. En la aldea situada en la falda de la montaña donde estaba enclavada la señorial mansión, había en cierta ocasión una pobre jornalera, madre de siete hijos de muy corta edad, y enferma de mucho cuidado. Para la madre de Rosa fué cosa muy sencilla descender de lo alto del castillo a visitar a la pobre enferma, que yacía en un mísero jergón, informarse acerca de sus circunstancias, arreglarle todo lo conveniente, darle ánimos y hasta suministrarle por su mano las medicinas. Diariamente visitaba a la enferma, y se hacía acompañar de Rosa para que ésta conociese las miserias humanas, pudiese aprender a consolar al prójimo y hacerlo más fácilmente algún día por sí misma.

Cuando la enferma estuvo fuera de peligro, ésta y su esposo exhortaron a sus siete hijitos, con lágrimas de agradecimiento, a que de rodillas diesen gracias, como ellos, a la noble señora que había salvado la vida de su madre. Rosa, al presenciar cómo besaban los niños la mano y vestidos de su bienhechora, se afectó tanto, que lloraba con ellos, se juzgaba dichosa por tener una madre tan buena, y prometía a Dios de todo corazón seguir su ejemplo.

Tan esmerada educación dió sus buenos frutos, pues Rosa llegó a ser un verdadero dechado de virtudes.

II

MUERTE DE MATILDE

Poco tiempo pudo disfrutar Rosa de la compañía de su excelente madre. La joven había llêgado a los catorce años, cuando la piadosa señora cayó repentinamente enferma de gravedad. Esta conoció su estado y no lo disimuló a su hija. Su esposo, el caballero Edelberto, había partido para la guerra, y la enferma dijo a su hija :

—Querida Rosa, envía sin pérdida de tiempo un mensajero a tu padre, no sea que yo no pueda verle más en este mundo. En seguida manda llamar al reverendo padre Norberto ; él me bautizó, me dedicó a Dios y bendijo al entrar en esta vida, y no me negará su asistencia al abandonarla.

Al cabo de algunos días llegó el caballero Edelberto una noche muy tarde. Rosa corrió al encuentro de su padre, y, al encontrarle al pie de la escalera de piedra, se abalanzó a sus brazos, derramando abundantes lágrimas. Profundamente afligido, se acercó Edelberto al lecho de la enferma, sintiendo honda pena al verla tan pálida y desfigurada. Ante tan triste espectáculo, el caballero dió rienda suelta a sus lágrimas, contenidas hasta entonces. Su hija sollozaba al otro lado del lecho. La moribunda, con indecible ternura, presentó, sonriendo, las manos a su esposo y a su hija, y, con voz casi imperceptible, dijo :

—Querido Edelberto, idolatrada hija : ha llegado mi hora ; ya no veré más salir el sol, pero no lloréis. Yo estaré mejor allá arriba donde reside nuestro Padre celestial. No hago más que cambiar de morada, que no estará cerrada para vosotros ; pronto nos volveremos a ver allí, y entonces no nos separaremos jamás...

Su extrema debilidad no le permitió continuar.

—Esposo mío — prosiguió al cabo de un rato—, ahí tienes nuestra hija ; nunca te di un retrato mío ; contempla a nuestra amada hija, mi viva imagen, y sírvate para mejor recuerdo de mí, que es el mejor que yo pueda dejarte. En mi postrer momento yo te la entrego como en la presencia divina. Yo procuré educarla cristianamente : termina tú ahora esa educación ; perfecciona lo que yo haya descuidado, y ámala con el mismo amor que tú me has demostrado y del que te doy gracias en este supremo instante... Y tú, Rosa mía — prosiguió, dirigiéndose a su hija—, tú me has proporcionado muchas alegrías, nunca me causaste la menor aflicción, y para mí has sido una buena hija. En la hora de mi muerte te debo dar esta prueba. Sé siempre piadosa, inocente y buena ; ama a Dios y haz lo que El nos enseña ; venera y quiere a tu buen padre, cuya existencia siempre peligra en la guerra. Si algún día le trajesen herido a casa, haz más veces con él ; y cuando llegue a la ancianidad, cuídale con sumo cariño, puesto que yo no puedo hacerlo. Condúctete siempre con él como una buena hija...

Luego, dirigiendo una fervorosa mirada a un hermoso cuadro que representaba la muerte del Redentor, cruzó las manos y dijo con voz casi imperceptible :

—Así como Tú, Redentor mío, encomendaste tu espíritu a las manos de tu Padre, así también yo encomiendo el mío a las tuyas.

Calló ; su semblante tornóse más pálido, sus párpados se cerraron, y expiró.

III

LOS CUIDADOS DE ROSA PARA CON SU PADRE

De nuevo marchó a la guerra el caballero Edelberto ; pero un día de otoño regresó a su castillo con el brazo derecho gravemente herido. Rosa quedó sorprendida y

experimentó grandísima pena. Permanecía continuamente junto al lecho de su querido enfermo, y ella misma le preparaba y traía los alimentos, y ayudaba a curar la herida. Como el brazo tardaba en curarse y su padre estaba triste y melancólico por no poder empuñar las armas ni auxiliar al príncipe, Rosa procuraba por todos los medios distraerle, hablándole de su piadosa madre, refiriéndole los buenos consejos que le daba y las nobles acciones que el padre ignoraba.

Al empezar la primavera, vino un día al castillo de Edelberto un caballero para rogarle que partiese nuevamente a la guerra con el príncipe. Edelberto estaba muy contrariado porque aun tenía el brazo demasiado débil para manejar la espada y lanza. No obstante, convocó en el acto en su castillo a todas sus tropas para enviarlas en socorro del príncipe. Durante tres días obsequió espléndidamente a sus soldados, y en la mañana del cuarto día, que era el señalado para la marcha, reuniólos a todos en el salón de ceremonias del castillo. Vestido de punta en blanco y llevando al cuello una cadena de oro, pero sin arnés, porque su brazo herido aun no podía soportar el brazal metálico, apareció en medio de sus gentes, las puso a las órdenes del caballero forastero, y antes de que marchasen, las excitó al valor y disciplina, y terminó diciéndoles :

—Sed valientes como el león ante el enemigo, pero mansos como un cordero para con las gentes pacíficas.

Aquel día en balde procuró distraerse, y después de la partida de sus compañeros de armas, el silencioso castillo parecíale aún más solitario. Terminada la cena, sentóse tristemente junto a la chimenea. La noche estaba fría y espantosa ; una horrible tempestad hacía retembar las almenas del castillo ; la lluvia azotaba con fuerza las ventanas del aposento, haciéndolas estremecer.

Rosa echó más leña al fuego, trajo a su padre en la



copa de plata la bebida que tenía por costumbre tomar de noche, sentóse junto a él, y le dijo :

—Padre mío, ¿queréis contarme la historia del valeroso carbonero que vino a veros hoy al mediodía? Yo le conozco mucho, porque antes vivía en nuestro castillo, y su hija Inesilla fué mi compañera en mis juegos infantiles; pero nunca pude saber detalladamente la historia.

—Te la contaré; escucha, pues. Este buen hombre no sin motivo me ha visitado precisamente hoy. No ignoraba la pena que me causaría el verme quedar de esta suerte sólo; pena de la cual él también participa. Ha sido un bizarro soldado que me acompañó en muchas expediciones.

»Pero, antes de contarte la historia del valiente Burkhard, debo referirte algo del caballero Cunrico de Fichtemburgo. Ya estás enterada de la magnífica fiesta de Fichtemburgo, cuya torre, que vemos desde las ventanas de nuestro salón, sobresale a lo lejos por entre som-

bríos pinares. Pero tú no has visto jamás a ese caballero, porque desde hace tiempo se ha entibiado su amistad conmigo, y no ha vuelto a visitarme. Su odio contra mí empezó cuando éramos los dos muy jovencitos y pajes en la corte del príncipe. Desde muy niño, Cunrico ya manifestaba un carácter terco, fogoso y baladrón, por lo cual no era muy querido del príncipe; y, como éste me prefería, aquél me tenía envidia. Cuando Cunrico y yo fuimos armados caballeros, tuvimos que presentarnos por primera vez en un torneo que el príncipe daba a la nobleza. Yo alcancé el primer premio, consistente en una espada con empuñadura de oro, que en presencia de la caballería de Suabia me presentó tu buena madre, que era entonces la joven más hermosa y modesta de la corte ducal. Cunrico obtuvo el último premio: un par de espuelas de plata. Desde entonces aumentó su odio contra mí, odio que aun se acrecentó más cuando el emperador, como tú sabes, después de aquella gran batalla me impuso esta venera de oro, y amonestó seriamente al caballero Cunrico, por cuya imprudencia y arrebato por poco se pierde la batalla.

»El valiente Burkhard, como feudatario mío, y puesto a mi servicio de armas, era propietario de una pequeña hacienda situada en los confines de mi distrito y contigua a los bosques de Cunrico; pero éste se portaba con mi buen Burkhard como un mal vecino. Tenía en su coto muchos animales de caza; los ciervos y los jabalíes invadían a manadas las tierras de Burkhard y asolaban sus campos. En vista de esto, yo ordené a mi valiente arrendatario que persiguiese sin contemplación a aquellos animales, y que me entregara los que cazase, pues a mí me pertenecía de derecho todo animal muerto en mis dominios y tierra. Una tarde volvía yo a casa, de regreso de una montería con mis gentes, cuando de repente me salió al encuentro Gertrudis, la esposa del honrado Burkhard, con la cabellera suelta y dando muestras de profunda aflicción; echóse a mis plantas, y con

las manos cruzadas me pedía protección. Llevaba consigo a su hija Inesilla. Aquella escena me conmovió; descendí del caballo y le dije que me refiriese cuanto había sucedido.

»La pobre mujer me refirió que estando ella, su esposo e Inesilla cenando al pie de un árbol plantado delante de la puerta de su casa, se presentó súbitamente el caballero Cunrico, y, sin motivo, los maltrató. Los soldados que le acompañaban se apoderaron de Burkhard, y después de atarle fuertemente las manos a la espalda, arrojáronlo dentro de una carreta y se lo llevaron. Cunrico, según me explicó Gertrudis, cometió este atentado porque Burkhard acababa de dar muerte a uno de sus ciervos, precisamente en los lindes, aunque ya dentro de nuestros terrenos, trayendo el animal a Tanemburgo.

»—Vuestro esposo quedará libre—dije a la afligida mujer—, aunque para ello me fuera preciso arrasar toda la madriguera. Consolaos, pues, y, entre tanto, id con vuestra hija a mi castillo.

»Inmediatamente emprendí la marcha, acompañado de mis hombres, en persecución de Cunrico, antes que llegase a su fortaleza. Despaché unos cuantos jinetes de descubierta, indicándoles un sitio donde nos volveríamos a reunir, y tomé al trote la dirección de Fichtemburgo. Los jinetes que envié a la descubierta volvieron, trayéndome la noticia de que Cunrico descansaba con su gente y bebían en el molino de los pinares, a cuya puerta se había detenido el carro que conducía al pobre Burkhard. Nosotros ocupábamos a la sazón un sitio cómodo del bosque, por donde habían de pasar Cunrico y sus hombres. Por fin llegaron sin recelar peligro alguno, y con grande algazara. Nosotros nos precipitamos sobre ellos; pero, como Cunrico no estaba dispuesto al ataque, y sí demasiado bebido, resistió débilmente y emprendió la fuga con su gente. Inmediatamente desatamos a Burkhard, cargamos la carreta con las armas con-



...echóse a mis plantas, y con las manos cruzadas me pedía protección. (Pág. 16.)

ROSA.—2

quistadas, dimos a éste un caballo que en el tumulto había perdido un jinete de los contrarios, y, satisfechos, partimos para casa. No es posible pintar la alegría que experimentaron Gertrudis y su hija al vernos llegar a las puertas del castillo con Burkhard cabalgando junto a mí; pero aun fué mayor mi contento por haber salvado a un desdichado.

»Inmediatamente di orden para que alojasen en el castillo a aquella desgraciada familia, para ponerlos a salvo de la venganza de Cunrico. Pasado algún tiempo, Burkhard fué herido en una batalla, y quedó inútil para seguir guerreando. Sin embargo, no habiendo quedado imposibilitado para todo trabajo, quiso ocuparse en algo para poderse ganar el sustento y no estar ocioso. En lo más intrincado del bosque descubrió un pequeño valle en el cual deseaba vivir solitario. Allí le hice construir una bonita casa; labró y cultivó un pedazo de terreno que le proporcionaba su alimento, y junto a este terreno instaló, con permiso mío, una carbonera. El país que habita casi de nadie es visitado, y, además, el polvo del carbón que él fabrica, ennegrece de tal modo su rostro, que sería difícil conocerle. De esta suerte creyó librarse de las asechanzas de Cunrico, y hasta el presente no ha experimentado la menor inquietud.»

Era muy entrada la noche cuando Edelberto terminó su narración. Rosa le había estado escuchando con tanta atención, que ya desde hacía mucho rato estaba vacía la copa de su padre, y hasta el fuego estaba a punto de extinguirse por falta de combustible.

De pronto estalló una horrible alarma en el castillo; los abovedados pasadizos resonaban con el estruendo de las armas y con la gritería de los hombres, y acercábase el eco de muchas pisadas a la sala donde estaban reunidos Edelberto y su hija. El padre de Rosa saltó de su asiento y miró alrededor en busca de sus armas; su hija cerró precipitadamente las puertas, pero de un tremendo empujón fueron abiertas, y entró en la habitación un hom-

bre con cota de malla y seguido de mucha gente armada.

—¡ Edelberto ! — gritó con estentórea voz aquel personaje— ; ha llegado la hora de mi venganza : soy Cunrico, a quien tú has ofendido muchas veces. ¡ Ahora me la pagarás !

Volvióse en seguida a los que le seguían, y en tono de mando les dijo :

—Encadenadle y vigíladle hasta que partamos. El más horrible calabozo de Fichtemburgo será en adelante su morada ; y este castillo en que nos hallamos es mío, así como los arneses, armas, vestidos y alhajas. Después, podréis saquear todo el castillo mientras yo saboreo una botella de vino añejo : daos prisa.

Rosa, con lágrimas en los ojos, se echó a los pies del cruel caballero, y le pedía misericordia para el autor de sus días ; pero Cunrico la apartó de sí, y, sin pensar más en ella, abandonó la habitación. Edelberto fué encadenado y quedó vigilado por dos centinelas a la puerta.

No pudiendo Edelberto valerse del brazo derecho por estar herido, Cunrico juzgó aquella coyuntura la más favorable para cumplir su venganza. También había esperado aquella ocasión por encontrarse ausentes con el príncipe y en campaña los más valientes guerreros de Edelberto, y que no le podían prestar apoyo. Entre los pocos hombres que servían a Edelberto para guarnecer el castillo, había un soldado cobarde, que aquél conservaba a su lado por lástima. Este vil servidor fué sobornado por Cunrico, y le franqueó por la noche una portezuela secreta, que daba entrada a un camino subterráneo que conducía hasta el interior del castillo. Los restantes soldados advirtieron demasiado tarde la irrupción de los enemigos, y en pocos instantes, a pesar de su heroica resistencia, fueron encadenados. Debido a este éxito, Cunrico pudo penetrar tan repentinamente hasta la habitación de Edelberto y hacerle prisionero dentro de su mismo alcázar.

IV

EDELBERTO ES SEPARADO DE SU HIJA

El padre de Rosa, encadenado, estaba sentado cerca del mortecino fuego de la chimenea. Junto a él, arrodillada, permanecía su hija, llorando amargamente, dirigiendo sus ojos al Cielo demandando protección.

—No te aflijas, querida hija—le decía su padre—, y enjuga tu llanto. Dios te ha enviado este pesar, y nada podemos hacer contra su voluntad. Confiemos en El, pues, seguramente, yo creo que mi salvación está ahora más afianzada que antes. Hija mía, pronto debemos ser separados — terminó diciendo, y abrazóla con el brazo izquierdo, por tener el derecho dolorido y cargado de pesados hierros.

—¡ Oh, querido padre, no habléis de separación !— exclamó Rosa—. No me arrancarán de vuestros brazos, y con vos iré al calabozo y hasta a la muerte.

—No, querida hija : jamás consentirá Cunrico que permanezcas a mi lado ; te repito, pues, que habremos de separarnos. Pero, antes, escucha mis consejos. Por razón de tus pocos años seguramente nadie se fijará en ti. Procura escaparte del castillo para que no tengas que sufrir ninguna servidumbre, y ve en busca del honrado Burkhard. Con él puedes vivir tranquilamente oculta hasta que te conduzca al castillo de un amigo mío ; y en caso de que hubieses de permanecer muchos años en su compañía, o bien pasar toda tu vida bajo su humilde techo, resígnate porque también se puede vivir contento y morir dichoso en una cabaña. Ahora, hija mía, arrodíllate para que te bendiga.

Rosa, deshecha en llanto, se arrodilló, cruzó las ma-

nos e inclinó su lindo rostro lleno de un fervor y tristeza indecibles. El padre extendió la mano sobre la cabeza de su hija, y dijo :

—Dios te bendiga, querida hija, y eternamente te conceda su gracia.

En aquel momento oyóse nuevo tumulto en el castillo. El caballero enemigo mandó a sus gentes disponerse para abandonar la fortaleza, donde sólo debían quedar algunos hombres para guardarla. Penetraron ar-



mados en el aposento de Edelberto, y Rosa se asió fuertemente del brazo de su padre para no separarse de él, pero a la fuerza la arrancaron de su lado.

Aquellos soldados bajaron a Edelberto al patio del castillo, que estaba alumbrado con teas que despedían un gran resplandor. Las puertas de la fortaleza habían sido abiertas de par en par, y ante ellas veíanse numerosos soldados a caballo, y entre éstos un hermoso alazán enjaezado tenido del diestro. También estaba el caballo de Cunrico, con resplandeciente brida y caparazón

ROSA DE TANEMBURGO

plateado. Al bizarro Edelberto lo subieron a una ruin carretilla. Dos grandes carros, propiedad del padre de Rosa, iban abarrotados con las prendas y muebles productos del botín. Edelberto tuvo que contemplar cómo sacaban de las caballerizas sus caballos de tiro y los enganchaban a los carros. El buen caballero, no restablecido aún de su herida, antes de partir temblaba de frío en medio de su miserable carruaje abierto. Por último, presentóse en el patio el caballero Cunrico, montó en su alazán, y precipitadamente pasaron todos por el puente levadizo, produciendo un ruido ensordecedor.

Como la cabalgata bajaba despacio por la pendiente de la montaña, no tardó Rosa en darle alcance. Cunrico iba a caballo junto a la carretilla en que había sido colocado el prisionero. Rosa, derramando abundantes lágrimas, se colocó entre el caballo de Cunrico y la carretilla, pidiendo que le permitieran ir junto a su padre, pero Cunrico fingía no oírla ni verla.

Al llegar al pie de la montaña, Cunrico ordenó que apretasen el paso, y todos emprendieron una marcha vertiginosa. Rosa, a pesar de la lluvia que caía, siguió corriendo hasta que le abandonaron las fuerzas, y, por último, perdió de vista el convoy.

V

ROSA SE REFUGIA EN LA CHOZA DE UN POBRE CARBONERO

Rosa, que muy pocas veces, y éstas siempre acompañada, había salido del castillo, se encontró completamente sola, expuesta a la inclemencia del cielo. Durante la tempestad, y en medio de un extenso campo, rodeada de profunda obscuridad, no sabía dónde quedarse ni qué dirección tomar. Inútilmente buscó por mucho tiempo un sitio en donde poder abrigarse y esperar el día. Al fin dió con un grupo de abetos en donde podía

guarecerse de la lluvia y de la tormenta, y decidió pasar allí el resto de la noche; su pesadumbre alejaba de su mente la idea de tener que pasar por aquella espantosa situación. Su único pensamiento era el de su padre.

Cuando empezó a despuntar el día, la desgraciada joven descendió por la montaña y se dirigió al bosque, donde habitaba el honrado Burkhard, pues por haberse-lo oído decir a su padre, sabía, poco más o menos, dónde estaba; pero la desgraciada no hallaba camino ni sendero en aquel inculto terreno. Tuvo que aventurarse por en medio de la espesura; a veces tenía que rodear una laguna o pasar un arroyo.

A pesar del cansancio, no desfallecía. De pronto, y a diez pasos de ella, sintió entre la maleza un ruido extraño, y apareció ante ella un hermoso ciervo, armado de enormes cuernos ramosos, que la miraba con sus grandes y negros ojos. Rosa, espantada, se abrió paso por entre las ramas y echó a correr; pero bien pronto tuvo que detenerse de nuevo al oír el gruñido de un jabalí que hozaba en un gran charco de agua; el monstruoso animal alzó la cabeza, y dirigió a la joven una furiosa mirada. Rosa emprendió de nuevo la fuga, y, casi privada de aliento, corrió cuanto pudo, hasta que se vió al fin detenida por espesos matorrales. Fatigada, sentóse al pie de un árbol, a cuyas primeras ramas pensaba trepar, si el jabalí la perseguía. Escuchó atentamente, pero nada se oía. Extraviada en aquel espeso bosque, no sabía qué camino tomar. En aquel instante los postreros rayos del sol se ocultaban en el horizonte.

—¡ Ah! — exclamó la desdichada—; ¡tendré que pernoctar en este horrible y solitario bosque, expuesta a la ferocidad de las fieras!

El hambre, que hasta entonces no había sentido, empezó a atormentarla. Desfallecida por falta de alimento, y muerta de cansancio, levantóse del suelo y dirigióse a una pequeña altura, desde donde podía descubrir más ancho campo. Negros celajes con encendidos arreboles

velaban el mortecino sol, y toda la sombría comarca aparecía cubierta de turbios vapores. Rosa se arrodilló, y, entre lágrimas, exclamó :

— ¡ Dios mío, Tú mismo dijiste : *Llámame cuando necesites de mí, que yo te salvaré y tú me alabarás !*

Mientras oraba, sus ojos fijáronse en una espesa columna de humo que se remontaba a gran distancia de lo hondo del bosque.

— ¡ Oh Dios ! — exclamó alegremente — ; ¡ gracias te sean dadas ; he acudido a Ti y me has salvado ! ¡ Allí arde el carbón del buen Burkhard !

Y, reuniendo las pocas fuerzas que le quedaban, levantóse y corrió hacia el sitio de donde subía el humo.

Rosa no se había equivocado : Burkhard, que allí había establecido su carbonera, estaba sentado al pie de un enorme tronco, cerca de un montón de leña que estaba ardiendo. Junto al árbol había una mesa rústica, sobre la cual estaba su cena, consistente en pan y manteca.

Cuando Burkhard divisó a la joven, sin conocerla, se asombró de que tan delicada niña hubiese penetrado en el inculto bosque. Pero, en cuanto la reconoció, corrió hacia ella, y después de saludarla, exclamó :

— Pero, señorita, ¿ cómo habéis venido aquí a estas horas y sin compañía ? Seguramente os habéis extraviado. Vamos, vamos, llegáis a tiempo ; ahora mismo se va a sacar la cena. Venid, y os sentaréis en un escaño nuevo de madera, donde podréis descansar un poco, pues aun tenéis que volver hoy a vuestra casa, pues si faltaseis, como soy Burkhard, sé que vuestro padre no podría dormir en toda la noche.

— ¡ Mi padre ! — exclamó Rosa, y, ahogada por los sollozos, apenas pudo articular estas palabras — : ¿ Conque nada sabéis del horrendo caso ?

— ¿ Os referís a vuestro noble padre ? — exclamó asombrado el carbonero, cuyo rostro, a no estar ennegrecido por el humo, hubiera dejado ver la palidez de la muer-

te—. ¡ Oh querida señorita — continuó—, decidme, decidme, por Dios, lo que le ha sucedido a vuestro padre!

—¡ Una horrible desgracia, mi buen Burkhard! Cunrico de Fichtemburgo se ha apoderado de él esta noche pasada, y se lo ha llevado encadenado a su castillo.

—¿ Quién? — exclamó el carbonero, blandiendo su hurgón—. ¡ Pesia tal! — dijo dejando caer el pincho—, no quiero maldecirle. Estando en sus manos, nada bueno le espera. Pero contadme cómo ha pasado esto, porque yo aun no comprendo cómo ha podido ser. Ayer mismo estuve en el castillo de vuestro padre, donde todo se encontraba tranquilo y pacífico. ¿Cómo ha podido Cunrico en una noche apoderarse de tan inexpugnable fortaleza?

Rosa se sentó en un tronco al lado de Burkhard, y comenzó a explicar lo sucedido; pero el carbonero notó en seguida que la debilidad y el cansancio no permitían hablar a la joven; así, pues, le ofreció el pan y manteca que tenía destinados para sí. Rosa empezó a comer, y de cuando en cuando bebía del jarro la cristalina agua del manantial.

Después que Rosa aplacó su hambre, y dado gracias a Dios por sus beneficios, siguió contando lo que había pasado a su padre. Burkhard la escuchaba atentamente, echaba venablos entre tanto contra el cruel Cunrico, se compadecía de su querido y excelente señor, y de vez en cuando se restregaba los ojos con la mano. Pero al saber que el caballero Edelberto le había designado para velar por su hija, fué tal su emoción por esta confianza, que prorrumpió en sollozos.

—No os aflijáis, mi querida señorita — dijo el carbonero—, Dios no puede dejar atropellar a vuestro buen padre, y le prestará su ayuda, aun estando en las mazmorras del detestable Fichtemburgo...

Burkhard, cuando hubo convencido a Rosa de la necesidad de descansar, la condujo a su choza, y, después de desearla una noche tranquila, sentóse no lejos de su ho-

guera bajo dos ramosos abetos, donde se había preparado un cómodo asiento de césped. El buen hombre estuvo pensando toda la noche en la historia que le contara Rosa ; y lo que más le affligía era la idea de haber contribuído, en parte, al encarcelamiento del caballero Edelberto, por el socorro que éste le había prestado contra Cunrico.

Rosa durmió tan profundamente, que no oyó el ruido producido por el viento ni la violencia del agua que caía.

VI

ROSA EN CASA DE BURKHARD

Al amanecer, la tempestad había desaparecido y la tranquilidad reinaba por todas partes. De cuando en cuando, Burkhard escuchaba atentamente para ver si su señorita se despertaba, pero la joven no se movía : dormía profundamente.

En esto se presentó Inés, la hija del carbonero, muchacha muy afectuosa y de excelente corazón, trayendo debajo del brazo una cesta, que contenía el almuerzo, comida y cena para su padre. Al punto reconoció la joven que el semblante de aquél estaba alterado, y que algún gran pesar agobiaba su corazón. Inés preguntó a su padre la causa de su tristeza, pero éste le hizo señas para que callase, a fin de no despertar a la señorita ; después, tomándola de la mano, la condujo al asiento de césped debajo de los abetos, y refirióle minuciosamente lo que le había ocurrido al caballero Edelberto.

Por fin, Rosa se despertó, salió de la cabaña y dirigióse hacia donde estaban sentados el carbonero y su hija, que salieron al encuentro de la joven.

Rosa e Inés se saludaron afectuosamente, como antiguas conocidas que eran. Las dos jóvenes no se habían vuelto a ver hacía mucho tiempo, y ambas se admiraban de verse tan crecidas.

—Ahora, querida señorita — intervino el padre de Inés—, id con mi hija a nuestra casa, y allí permaneceréis hasta que Dios quiera. Entre tanto, reflexionaré qué es lo que podré hacer. Tan pronto pueda dejar mi trabajo, iré con ustedes. No os apesadumbréis más, ni lloréis tanto, pues la tristeza de nada sirve y el llanto no mejorará las cosas.

Las dos jóvenes emprendieron la marcha por el escabroso y casi inaccesible terreno que rodeaba la morada del carbonero. Primeramente, tuvieron que andar más de una hora por un intrincado y espeso bosque de abetos; después encontraron unas enormes rocas, por entre las cuales se adelantaba en pendiente una angosta senda, por la que hubieron de trepar durante largo rato; el camino, por último, desembocaba en una espantosa y rápida garganta. Por fin llegaron a un paraje donde había un gran boquete practicado en medio de las rocas, y desde donde se descubría un ameno vallecito, bañado por los rayos del sol.

En la parte más alta del valle, al cual se bajaba por una suave pendiente, estaba situada la casa del carbonero, construída de madera, cuyo color amarillo obscuro le daba un aspecto agradable. Altos abetos asomaban sus frondosas copas por detrás de la casa, rodeada de árboles frutales cuajados de blancas y encarnadas flores, y un arroyuelo de cristalinas aguas discurría por delante de la risueña morada. Dos hermosas yacas pacían la fresca hierba del valle, y por entre las rocas saltaban alegremente algunas cabras. Contiguo a la casa había un huerto cultivado con gran esmero, y protegido por una empalizada.

Rosa entró en la vivienda, y, como estaba muy cansada, se sentó en un banco. La sala estaba sumamente limpia, y al través de una ventanilla disfrutábase del lindo panorama del valle.

Era cerca de mediodía; la mujer del carbonero se ocupaba en la cocina; al oír hablar a su hija con otra

persona, salió a la puerta, y su sorpresa y alegría fueron grandes al ver a Rosa, creyendo que ésta iba a hacerle una visita; pero, cuando se enteró de los motivos de la presencia de su señorita, prorrumpió en amargo llanto.

Cuando la buena mujer se hubo tranquilizado, dijo a Rosita, cariñosamente:

—Querida señorita; bien venida seáis a nuestra humilde morada. ¡Ay! ¡cómo, sin saberlo vuestro padre, mandó construir esta casita para que algún día os pudiera servir de asilo! Nosotros nos esmeraremos, y viviremos sólo para vuestro servicio.

—¡Oh Dios mío!—exclamó Rosa, sumamente afectada—, ¡qué agradable es hallar en la desgracia personas bondadosas! ¡Cuánto os agradezco vuestro amor hacia mí! ¡Qué bien agradecéis todo cuanto mi padre hizo por vosotros!

VII

ROSA, CONVERTIDA EN ZAGALA DE CARBONERO

Muchos días transcurrieron sin que se dejase ver el carbonero Burkhard, ni que se supiese de él. Cuando su hija Inés volvió al bosque, para llevarle la comida, le dijo únicamente que no viniese más, pues quería llevar su carbón a la ciudad, y contaba con regresar pronto a casa.

Rosa, la hija del carbonero y su esposa estaban angustiadas por la ausencia de Burkhard, hasta que, por fin, se presentó éste una tarde, armado de su flecha y arco, llevando al hombro un hermoso macho cabrío, y después de saludar a todos, depositó su trofeo en tierra.

—¿Has vendido a buen precio tu carbón, querido Burkhard? — le preguntó su esposa.

—¡Ah! no estamos para carbón — exclamó el buen hombre—. En estos días me he dedicado a asuntos im-

portantes, de los cuales nada os quería decir anticipadamente. He ido a hablar a varios caballeros, a quienes el padre de nuestra querida señorita auxilió en otro tiempo en sus apuros. Yo los animaba a que asaltasen la fortaleza de Cunrico y libertar a nuestro buen señor, o al menos a sorprender a Cunrico mientras cazaba, apoderarse de él y encerrarle en el más profundo calabozo hasta que dejase libre a Edelberto y le restituyera todas las riquezas que le robaron; pero mis ruegos han sido infructuosos. Los caballeros han contestado que Cunrico era muy poderoso, y la empresa arriesgada, pudiendo tener mal éxito; que era preciso tener paciencia hasta que los demás amigos de Edelberto volviesen de la guerra, y entonces quizá habría probabilidades de éxito. Y aquellos imbéciles, señorita, ni siquiera se han dignado preguntar por vos. Yo nada más les podía decir sino que vos, señorita, estabais en mi casa, y de ninguna manera preguntarles si os recibirían bien en sus castillos. Mejor será que os quedéis con nosotros, pero meditadlo antes bien.

—No he de meditar nada — contestó Rosa —; yo estoy muy a gusto aquí, siempre que queráis tenerme.

—¡Teneros! — exclamó el carbonero, sin poder reprimir las lágrimas—. ¿Creéis que nosotros hemos olvidado la magnanimidad de vuestro padre librándome de las garras del cruel Cunrico, y cuán afectuosamente acogió en su castillo a mi esposa e hija? Gertrudis e Inés se desvivirán por regalaros; y todos juntos procuraremos que os sea soportable esta solitaria mansión.

El buen servidor levantó del suelo al hermoso animal que había cazado, y se dirigió con él a la cocina.

Al siguiente día el carbonero invitó a Rosa a dar un paseo por el valle, acompañados de Gertrudis e Inés, y al mostrarle sus campos y prados, no cesaba de ponderar la generosidad del padre de su señorita. Después mostróle su huertecito, donde Rosa pudo admirar unas hermosas colmenas, y como las abejas, después del in-

vierno, habían desaparecido, el carbonero arrancó dos panales, en cuyas simétricas celdillas relucía la miel como oro líquido, y se las entregó a la joven.

Nunca regresaba Burkhard de la carbonería sin traer a su joven ama alguna cosa, ora un puñado de fragantes bayas, ora un canastillo de grandes caracoles, o un puñado de excelentes hongos. Un día obsequió a Rosa con un par de tortolillas, para las cuales él mismo construyó una jaula; otro día volvió del bosque con un lindo corcito que le seguía como un perrillo, pues le había domesticado para Rosa, y el lindo animalito no tardó en familiarizarse con ella. Si el buen hombre pasaba un par de días en casa, entretenía a la joven refiriéndole las hazañas de su padre y la piedad de que desde muy joven dió pruebas su difunta madre, cosas que Rosa ignoraba, produciéndole semejantes narraciones un placer inmenso.

Un domingo estaban todos comiendo, y, como siempre, la conversación recayó sobre el desgraciado padre de Rosa. Cuando ya terminaba la modesta comida, y sólo quedaba un plato de barro lleno de hongos amarillos condimentados con manteca fresca y cominos aromáticos, el carbonero dijo a su señorita:

—Comed cuantos queráis, pues nosotros no apreciamos mucho esta clase de manjar; pero los grandes señores los consideran como un plato exquisito. En otro tiempo llevé a vuestro castillo muchos de ellos, particularmente de aquellos que se llaman múrguras o colmenillas, y que en ninguna parte se crían tan buenos como cerca de las carboneras. Otro carbonero de Fichtemburgo enviaba también muchos hongos a este otro castillo por medio de sus hijos. Cierta día llegó una de sus hijas hasta la casa del portero de la señorial mansión, mas la portera, de carácter adusto, echó de su casa a la niña, y desde entonces mi tiznado camarada, que también es un gran camorrista, ha jurado no enviar más hongos, aunque se lo pidan de rodillas.

En este instante, Rosa se levantó repentinamente de la mesa, y exclamó, batiendo palmas :

—Esto es hecho, y saldrá a las mil maravillas. Me disfrazo de zagala carbonera, llevo hongos al castillo, procuro simpatizar con la portera, me pongo a servir con ella, y proseguiré después hasta lograr ver a mi padre, proporcionarle todo el bien posible y facilitarle los medios para su libertad.

Y sin poner atención a las observaciones del carbonero, fuese corriendo a su habitación y volvió al poco rato vestida como zagala carbonera. Había cambiado su largo vestido azul celeste por un traje muy limpio y aseado de Inés, un delantal y un rústico sombrero de paja, prendas éstas que sentaban admirablemente a Rosa.

—Ese vestido — dijo Gertrudis — os cae muy bien, pero vuestro lindo rostro y delicadas y blancas manos bien pronto os denunciarán, y sabrán quién sois.

—Yo me cuidaré de que esto no suceda — intervino Burkhard—, pues conozco un procedimiento para dar un color moreno al cutis, por blanco que éste sea.

Rosa, impaciente, quería emprender inmediatamente su marcha a Fichtemburgo, temerosa de que se le adelantase otra muchacha ; pero Burkhard la disuadió de su empeño y le dijo :

—Tened paciencia hasta mañana. Inés os guiará hasta el pie de una pequeña colina situada detrás del bosque, donde hay tres cruces de piedra y se descubre a Fichtemburgo, y después podéis continuar sola el camino sin temor a perderos. Allí, junto a aquellas cruces, os esperará mi hija hasta que volváis.

Rosa quedó convencida, y a la mañana siguiente, muy temprano, estaba preparada ; colgóse del brazo el cestillo de los hongos ; Inés llevaba otro con alguna comida.

Antes de emprender la marcha, el buen Burkhard y su mujer bendijeron cordialmente a Rosa, y le aconsejaron que fuese muy sagaz en todos sus actos.

VIII

ROSA BUSCA COLOCACIÓN EN EL CASTILLO DEL ENEMIGO DE SU PADRE

Rosa, convertida en zagala de carbonero, gracias a su disfraz, y acompañada de Inés, llegó sin ningún tropiezo al término de la selva, que hasta entonces la había tenido separada del resto del mundo. Su corazón latió violentamente cuando sus ojos descubrieron el castillo de Fichtemburgo con sus erguidas atalayas.

Las dos jóvenes se despidieron. Rosa prosiguió su camino, y después de haber trepado por la empinada montaña y traspasado la puerta del alcázar, que estaba abierta, vió, al entrar en el patio, al caballero Cunrico montado a caballo, y vestido con un lujoso traje verde y dorado, con un copete de ondeantes plumas de avestruz, blancas y negras, cubriendo su cabeza. Rodeaban al caballero una multitud de criados y cazadores a caballo, dispuestos a salir para una expedición. A la vista del cruel enemigo de su padre, la joven por poco no cayó al suelo desmayada a no haberse sentado en un escaño que había cerca de la puerta. Sonaron entonces los clarines de caza, y la flamante cabalgata desfiló alegremente ante ella. Levantóse Rosa, pero el altivo señor apenas se dignó dirigir una mirada a la pobre y trémula doncella, y con sus gentes traspuso la puerta del castillo.

Rosa volvió a sentarse en el escaño. La pena y angustia martirizaban su alma. A poco rato llegaron dos niños, que se detuvieron a cierta distancia de ella para mirarla. Saludó afablemente Rosa a los pequeñuelos, y les preguntó cómo se llamaban. Las inocentes criaturas dijeron sus nombres, y al punto mostraron más confianza, entablando con la joven animada conversación.

Omar e Isabelita, que así se llamaban los niños, eran



...se detuvieron a cierta distancia de ella para mirarla. (Pág. 31.)

hijos del portero, quien en aquel momento, por una ventanilla que permitía, desde su casa, observar fácilmente lo que pasaba, miraba con disimulo quién entraba y salía. Al portero le causó profunda sensación el ver que una muchacha forastera hablara tan amistosamente con sus pequeñuelos. El puro lenguaje de la joven zagala, su voz afable y gallardo continente, y su limpio y aseado traje excitaron su admiración.

—En mi vida — dijo — había visto una aldeana tan apuesta y de modales tan finos.

El buen hombre salió al encuentro de Rosa, la hizo entrar en su habitación y preguntóle cariñosamente qué llevaba para vender. Rosa abrió el canastillo y le mostró las setas.

—¿Cuánto quieres por ellas?—preguntóle el portero.

—Lo que queráis darme, pues yo creo que a una po-



Rosa abrió el canastillo y le mostró las setas.
(Pág. 32.)

bre muchacha como yo no le pagaréis con una miseria.

—Muy bien contestado, muchacha. Aguarda aquí, pues yo mismo llevaré los hongos a la cocina del castillo y ajustaré el precio. Hace mucho tiempo que no se han visto hongos por aquí, y yo respondo de que te los pagarán bien.

Poco después, entró la portera en la habitación con una humeante sopera en la mano, y al ver a Rosa, le dijo enfurecida :

—¿Con qué permiso has entrado en este cuarto? ¡Lárgate inmediatamente antes que te tire la sopera a la cabeza!

Los niños intercedieron por Rosa y enseñaron las frutas y flores que ésta les había dado. En aquel instante volvió el portero con el canastillo vacío y el dinero en la mano.

—Vamos, mujer — dijo a su encolerizada esposa—, no seas tan huraña. Es una buena muchacha, tanto, que ya discurría yo si le sería agradable ser tu criada, puesto que necesitamos una. Yo mismo he hecho entrar aquí a esta niña.

—¡ Ah ! ¡ eso es ya otra cosa—contestó la portera—, y ya puede quedarse ! Y tú, muchacha, olvida mi arrebato, pues nosotros hemos de andar con pies de plomo al tratar con gentes desconocidas.

—Tenéis mucha razón, señora — contestó Rosa—, pues no podíais saber que yo había sido introducida aquí. También fué falta mía quedarme sola en una habitación ajena, y, por lo tanto, alabo vuestro celo y os pido perdón.

La contestación de la joven fué del agrado de la portera, pues no había más que darle la razón para tenerla contenta.

—Como has partido con mis hijos tus frutas — dijo la portera—, también participarás de nuestra comida : ven y siéntate a la mesa a comer con nosotros.

Después de comer, y cuando Rosa cogió el canastillo

dispuesta a marcharse, los niños la agobiaban con sus ruegos para que se quedase.

—Ciertamente me complacerías si te quedases—añadía la madre—. ¿No te agradecería mi casa para servir?

—¡ Con mil amores! — exclamó Rosa—; y os serviría cariñosa y fielmente.

—Entendidos, pues; vuelve primero a tu casa y díselo a tus padres, y, si están conformes, puedes comenzar tu servicio el sábado próximo.

Después de dar las gracias, la fingida zagala, con el corazón rebosando alegría, se volvió apresuradamente al bosque. Inés la esperaba sentada debajo de un avellano, y se entretenía en hacer calceta. Cuando levantó la vista y vió a lo lejos venir a la señorita, se levantó precipitadamente y fué corriendo a su encuentro, y sin detenerse, emprendieron la marcha.

Cuando la tarde declinaba, y penetraban las muchachas en lo espeso del bosque, salieron al encuentro de éstas el fiel carbonero y su mujer, que estaban con cuidado por la larga ausencia de aquéllas. Los excelentes esposos mostraron indecible regocijo al enterarse de que todo había salido tan bien, y solamente les afligía el pensar que habían de separarse de su querida señorita. Anduvieron contentos el resto del camino, y hablando familiarmente. Cuando llegaron a la morada del carbonero, Rosa, que estaba muy cánsada, se dirigió a su cuarto, y antes de acostarse arrodillóse y dió gracias a Dios por haberla ayudado en sus primeros pasos.

IX

ROSA, CONVERTIDA EN CRIADA

El sábado siguiente, día en que Rosa debía partir, fué tristísimo para ella y para el carbonero y su familia. Para Rosa era sumamente duro el dejar aquellas

buenas gentes, pues no ignoraba que iba a dedicarse a un oficio en el que le esperaban grandes sufrimientos ; pero, llena de confianza en Dios y de amor a su padre, aceptó animosa aquel extremo recurso. Burkhard y su mujer la acompañaron hasta el otro lado del bosque, despidiéndose de la joven con lágrimas de ternura, y haciendo fervorosos votos por su felicidad. Inés, que llevaba un pequeño lío de ropas, la acompañó hasta la portería del castillo de Fichtemburgo.

Muy afablemente recibió la portera a las dos jóvenes, y dijo a Rosa :

—Veo que has cumplido tu palabra. Sentaos ambas, pues quiero obsequiaros con una buena comida.

Después de comer, Inés, llorando amargamente, despidióse de su señorita, prometiéndole visitarla con frecuencia.

Después de marcharse Inés, la portera se sentó en el gran sillón que tenía al lado de la chimenea, e imprimiendo a su fisonomía una expresión de seriedad, dijo, señalando con el dedo al suelo :

—Siéntate ahí, Rosa, tengo que hablarte ; pero pon mucha atención. Sé perfectamente cuanto se murmura de mí ; dicen que conmigo no se puede estar, que tengo un carácter violento y que soy muy regañona, y que en el espacio de cinco años he tenido más de veinte criadas. Esto dicen las gentes de estas cercanías ; pero nada dicen de las faltas que tenían aquellas criadas. La primera que tuve, fué con la que más he reñido, pues era muy soberbia y pretendía saberlo todo mejor que yo. La segunda era muy descontentadiza, nada le satisfacía y era respondona. La tercera era muy perezosa ; todas las mañanas tenía yo que despertarla a grandes gritos, costándole no poco trabajo despertarse. ¿Quién sería capaz de tener a su lado una muchacha tan holgazana ? La cuarta era el espíritu de la golosina, pues la crema y la manteca, la carne y el tocino estaban tan poco seguros de ella como de un gato. La quinta era muy

desaseada en su traje. Verdad es que los días de fiesta se acicalaba como un pavo real ; pero en los días de trabajo parecía una andrajosa. La que siguió a ésta era muy atolondrada y no tenía memoria para nada. La séptima pecaba de curiosa y charlaba hasta por los codos... Pero, hija mía, no continuaré citándote más ejemplos, pues estoy cansadísima. Ahora, lo que has de hacer es reflexionar sobre estas faltas y guardarte de ellas, así como de las demás que te iré citando, y de esta suerte, como espero, no nos llevaremos mal.

Rosa comprendió que la portera había exagerado mucho en todo lo que había contado, y que antes de juzgar a aquellas criadas era preciso oírlas. Entre tanto, dijo para sí : «Con sólo tener una muchacha la décima parte de los defectos mencionados, ya merecería reprobación, y de ningún modo podría estar satisfecha de ella un ama de casa que fuese trabajadora, aseada y buena administradora. Me aplicaré, pues, para no caer en aquellas faltas.»

En efecto, Rosa cumplió como una criada modelo. En las finas labores de su sexo era, teniendo en cuenta su edad, una maestra consumada ; pero muchas de las tareas que se le ordenaban eran para ella, como noble señorita, enteramente desacostumbradas, y las hacía trabajosamente. Todas las mañanas tenía que levantarse antes de amanecer, ir por agua y leña, hacer fuego en la cocina, lavar y fregar las vasijas, limpiar los suelos y otras muchas faenas que, haciéndolas por primera vez en su vida, no siempre se adaptaban a su voluntad. Por lo tanto, tuvo que sufrir que su iracunda ama la llamase torpe, desmañada y otros epítetos más ofensivos.

ROSA CONSIGUE PENETRAR EN LA PRISIÓN DE SU PADRE

Muchos días de sufrimientos había pasado Rosa en el castillo sin presentársele ocasión de entrar en la prisión de su padre. Erale muy doloroso hallarse tan cerca de él y no verle. Ya desde el principio descubrió un rayo de esperanza, pues averiguó que el portero era también carcelero, y tenía obligación de dar la comida a los presos. A veces, cuando hablaba con el portero, hacía recaer la conversación sobre los presos, y así pudo enterarse de que su querido padre aun vivía y estaba bueno.

Una tarde, en el momento en que la sopa para los presos estaba dispuesta en la marmita colocada dentro de un capacho, el portero dijo a la joven :

—Rosa, mañana tengo que marchar para arreglar algunos negocios de mi señor ; ven para que te enseñe la prisión, y así podrás llevar la comida a los presos : mi mujer no tiene tiempo para estos menesteres, y aun menos voluntad.

Tomó el capacho en que estaba la marmita, y marchó delante por un largo y lóbrego pasadizo.

Muy inesperado fué para Rosa el poder ver en aquel momento al autor de sus días ; pero, si grande fué su gozo, no lo fué menos la especie de sobresalto que experimentaba. Temblaba todo su cuerpo, y con el corazón palpitante seguía al portero por el tenebroso pasadizo. Pronto, sin embargo, recobró la calma, e hizo el firme propósito de no darse todavía a conocer a su padre, suponiendo que, si se averiguaba que era hija del preso, seguramente no le confiarían las llaves de la prisión.

El portero se detuvo ante una ventanilla practicada

en la gruesa pared y que estaba cerrada con una puertecilla de hierro, y abrióla. Rosa, toda temblorosa, dirigió la vista al interior de la mazmorra, y pudo distinguir a un hombre de pelo y barba enmarañados, de aspecto horroroso, y que estaba sentado sobre un montón de paja.

—Este hombre — dijo el portero — era un valiente y esforzado guerrero; pero su pasión al juego y las bebidas le pervirtieron, y, de un noble y bizarro soldado que era, convirtiéndose en un bandido. Yo no cambiaría con él el porvenir que le espera.

Entregó al preso la sopa y cerró el ventanillo. En seguida abrió otro postigo, y Rosa vió, en el obscuro calabozo, una figura cadavérica de mujer cargada de cadenas, con el pelo desgredado, y en los ojos pintada la más profunda melancolía.

—Esta mujer — explicó el portero, mientras entregaba a la desgraciada la sopa y cerraba el postigo — fué, en otro tiempo, una hermosísima doncella, pero buscó secretamente las malas ocasiones, y ahora sospechan que haya asesinado a un niño. Si se prueba que esto es cierto, le cortarán la cabeza. La desesperación produce a veces ataques de furor; así, pues, no abras jamás la puerta de este calabozo, para evitar que esta mujer te haga daño y se escape.

Después el portero dirigióse a otro calabozo, y abriendo una puerta de hierro, dijo a la joven:

—Aquí podemos entrar sin peligro ninguno. Es un preso muy amable y sufrido; se llama el caballero Edelberto de Tanemburgo.

Tan demacrado y andrajoso estaba el desgraciado Edelberto, que era difícil reconocerle. El infeliz estaba sentado en una gran piedra, y atado a ella con una larga cadena, de modo que podía moverse muy poco en el calabozo. Cerca del duro asiento había una mesa, también de piedra, y sobre ella un cantarillo de barro y un pedazo de pan duro. El caballero apoyaba el codo

izquierdo sobre la mesa y la frente en la mano. Junto a la mesa había una camilla de madera carcomida, sirviéndole de jergón un montón de paja, y de abrigo una vieja manta. Aquel calabozo presentaba un aspecto horroroso, aunque por ser el destinado para caballeros prisioneros, era muy espacioso y tenía paredes de mampostería y altas bóvedas ennegrecidas por el tiempo.

—Caballero — dijo el portero, dirigiéndose al preso—; esta muchacha, que es mi criada, os traerá desde mañana vuestra comida, pues yo debo partir a hacer algunas diligencias.

Edelberto miró fijamente a Rosa, cuyo aspecto le recordó su hija; pero no la conoció.

—¡Dios mío! — suspiró, con los ojos inundados de lágrimas—; ¡cuánto se parece esta joven a mi hija Rosa! ¡Ah, querido carcelero! ¿Aun no habéis podido saber dónde se halla, ni cómo está?

—Sólo Dios sabe dónde está, pues entre los hombres nadie es capaz de averiguar dónde habrá ido.

—¡Oh Dios! — exclamó Edelberto—; ¡conque ninguno de aquellos caballeros que durante mis días de esplendor se titulaban amigos míos, se ha compadecido de mi hija ni ofrecídale albergue en su alcázar!

Edelberto no olvidaba a su fiel Burkhard y confiaba en que con él estaría Rosa, pero no quería nombrarle por no causar perjuicio al excelente servidor, de quien era enemigo Cunrico.

Rosa, que hasta entonces no había experimentado más que horror en presencia de aquella triste prisión, y profunda pena al ver el semblante cadavérico de su padre, al oír las lamentaciones de éste, principió a llorar y gemir. Estuvo a punto de arrojarle al cuello de su padre, viéndose obligada a hacer grandes esfuerzos para contenerse.

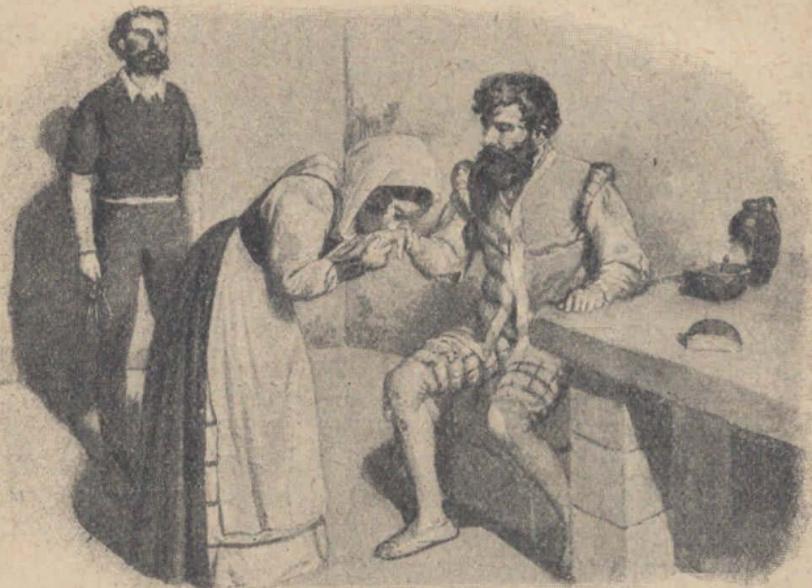
A Edelberto sorprendióle la afflictiva situación de la joven, y le dijo:

—¿Acaso han muerto tus padres, y lloras tan desconsoladamente al recordarlos?

Rosa, entre sollozos, apenas pudo contestar que hacía ya mucho tiempo que había muerto su madre, y que su padre aun vivía, aunque en una situación muy cruel.

—Dios tenga misericordia de él — contestó Edelberto—. Pero tú tienes un corazón muy sensible, querida niña; Dios te guarde de las seducciones.

—Sí — dijo el portero a Rosa—, tú eres demasiado sensible. No llores así, porque entonces no podré dejarte ocupar mi puesto. Por lo demás — continuó, di-



...imprimió un beso en la mano de su padre... (Pág. 41.)

rigiéndose a Edelberto—, es una excelente niña, muy cristiana, complaciente y aplicada, tanto, que no se hallará doncella mejor en diez leguas a la redonda. Mi mujer y yo estamos complacidísimos por lo mucho que quiere a nuestros hijos y por cuanto hace por ellos. Si

algún día mi Isabel llega a ser como ella, todos los días de rodillas daré gracias a Dios.

El caballero contempló a Rosa con profundo cariño, y le dijo, alargándole la mano encadenada :

—Dios te conceda su bendición, hija mía ; consérvate siempre tan buena, ruega con fervor al Altísimo, y confía en que El ayudará a tu padre, y te reservará un gran gozo.

—Así sea — contestó Rosa, e imprimió un beso en la mano de su padre, dejando caer en ella ardientes lágrimas.

Ya era hora de que el carcelero abandonase la prisión, pues si se prolongaba más la presencia de Rosa, ésta no hubiera podido contenerse, ni resolverse a salir de allí. Volvió vacilando por el largo pasillo, teniendo que apoyarse en las paredes para no caer.

XI

ROSA SE DA A CONOCER A SU PADRE

El resto de la noche la pasó Rosa abismada en sus tristes pensamientos. La pálida figura de su amado padre, cargado de cadenas y encerrado en aquel lúgubre calabozo, vagaba de continuo ante sus ojos.

Cuando hubo terminado las faenas del día, Rosa dirigióse a su dormitorio, arrodillóse en el suelo, y derramando lágrimas, rogó a Dios que la ayudase en la empresa que hasta entonces había bendecido. Hecho esto, se acostó, pero casi hasta media noche no pudo conciliar el sueño. Una hora después, la portera la despertó para que preparase una sopa al portero, que había de salir a las dos de la madrugada. Rosa levantóse en seguida, y después de encender un fogón, hizo la sopa y se la presentó al portero, el cual alabó el tino de la joven para guisar, y prometió a ésta traerle alguna cosa

si, durante su ausencia, desempeñaba bien sus quehaceres. Poco después, el buen hombre montaba a caballo y partía.

La portera volvióse a meter en la cama, y Rosa se encontró sola en la desierta habitación. Con mucho cuidado la joven tomó del manojó de las llaves la que correspondía a la prisión de su padre, se apoderó de la linterna del carcelero, y volvióse a su cuarto, donde permaneció todavía un rato. Cuando se hubo convencido de que todo volvía a estar tranquilo y silencioso en el castillo, encendió la linterna, tapándola con su delantal, y después de descalzarse, escurrióse por el largo y obscuro pasillo hasta la prisión de su padre, cuya puerta abrió sin producir ruido alguno. Dirigió la triste luz de la linterna hacia el interior de aquel antro, y vió al desgraciado prisionero con los brazos cruzados sentado en la piedra junto a la mesa. Su padre quedó admirado cuando, al pálido reflejo de la linterna, creyó reconocer a la criada del portero.

—¿Eres tú, niña? — preguntó el preso—. ¿Qué vienes a buscar aquí, tan tarde, a esta hora de la noche; o más bien, tan de mañana, pues hace poco que el reloj de la torre ha dado las dos?

—Perdonad — dijo Rosa, bajando la voz—; observo que tampoco habéis dormido... Deseaba con ansia hablaros a solas, y por eso he venido a estas horas.

—¡Oh querida niña! — exclamó Edelberto—; te arriesgas mucho, y esto pudiera causarte gran perjuicio.

—No temáis — contestó Rosa—; en el castillo, todos, exceptuando el atalaya y el gallo, duermen profundamente. Antes de venir aquí he meditado y orado; Dios ha guiado mis pasos y no me abandona. Sólo deseaba deciros dos palabras. La pena que os embarga por vuestra hija me llegó de tal modo al corazón, que no he podido dormir, y vengo a daros noticias de ella.

—¿De quién? ¿De mi Rosa?—preguntó vivamente el preso—. Si esto fuera cierto, tú me favorecerías como

un ángel del Cielo que visitase mi prisión... ¡ Oh ! habla, habla. ¿Puedes decirme algo cierto de ella?

—Sí, señor ; os puedo dar de ella noticias seguras— contestó la joven—. Fijaos en esta cadena y venera de oro ; ¿ las reconocéis?

—¡ Dios mío ! — exclamó Edelberto, cogiendo las insignias con trémula mano—. En efecto, ésta es la condecoración de oro que yo, para perpetua memoria, di a mi Rosa en el momento de despedirnos. Yo le recomendé eficazmente que nunca se desprendiera de este precioso regalo. Tú, querida niña, debes tener mucha intimidad con mi hija, para que ella te la haya confiado.

—No la depositó en manos ajenas, querido padre — dijo entonces Rosa—, miradme ; soy Rosa, vuestra hija.

—¡ Quién ! ¡ tú ! — exclamó Edelberto—. ¡ Ah ! no me engañes. Mi hija era una fresca rosa, y tú... no lo eres.

Rosa, que antes de presentarse a su padre había tenido la precaución de hacer desaparecer el tinte moreno que diera a su rostro, sacó la lamparilla de la linterna y se la aproximó a la cara, apareciendo entonces su bello y suave semblante, más bello aún desde la última vez que lo viera su padre.

—¡ Oh, sí ! ¡ tú eres mi Rosa ! — exclamó, gozoso, Edelberto—. ¡ Ven a mis brazos ! Y ahora que otra vez te vuelvo a ver, nada me importa que se derrumbe sobre mi cabeza esta fortaleza.

Padre e hija permanecieron largo rato abrazados. Después continuó el prisionero :

—Ahora, querida hija, explícame cómo has venido aquí. ¿ Qué horrible fatalidad ha humillado a mi Rosa hasta el punto de convertirse en criada del último criado de este castillo?

La joven refirió cuán amistosamente la había acogido en el bosque el honrado carbonero, el pesar que el buen hombre había experimentado por su padre, y cómo había ella concebido la idea de entrar a servir al carcelero vestida con traje de zagala de carbonero.

—Dios oyó mis ruegos — decía Rosa, entre sollozos—, y El ha colmado mis deseos, proporcionándome ocasiones de veros con frecuencia, de hablaros, partir con vos un alimento mejor, y prestaros toda clase de servicios. ¡ Ah ! ¡ yo soy la hija más dichosa, y toda mi vida la dedicaré a dar gracias al Señor !

—Querida Rosa, no eres la más dichosa, pero sí la mejor hija ; ¡ yo sí soy el padre más dichoso ! No daría por todos los tesoros del mundo estos instantes en que te estrecho entre mis brazos.

Rosa, conmovida por las palabras de su padre, despidióse de él, apagó la linterna y fuese precipitadamente, porque en aquel momento la trompeta del atalaya anunciaba el nuevo día.

XII

ROSA ALIVIA LAS PEÑAS DE SU PADRE

Después de separarse de su padre, Rosa volvió a tenerse el semblante, para no ser reconocida, y dirigióse después al comedor para almorzar con la portera y los dos niños. Hacía pocos segundos que estaba en la mesa, cuando entró inopinada e impetuosamente el caballero Cunrico, lo cual causó a Rosa grandes temores. En todo el tiempo que llevaba sirviendo en la portería, jamás había visto allí al señor. ¿ Qué podía imaginar ella sino que la habían traicionado ? Cunrico dijo en tono que no admitía réplica :

—En lo sucesivo no cuidaréis más de la puerta del alcázar, que confiaré a cuatro de mis soldados ; y vosotras id a la cocina para ayudar en lo que fuere necesario, porque hoy y mañana tendré muchos huéspedes en el castillo.

Rosa respiró. Cunrico había notado perfectamente el espanto de la joven, pero creyó que su alteración era causa del gran respeto que se le tenía.

Rosa y la portera se dirigieron a la cocina, conforme les habían ordenado.

Al mediodía llegó un caballero vecino, acompañado de gran séquito, y al día siguiente presentóse otro señor seguido de muchos caballeros a caballo, y casi a cada hora llegaban a Fichtemburgo gentes de a pie y jinetes. Además de las habitaciones interiores que ocupaba el caballero Cunrico, fueron también ocupadas por tropas todas las dependencias que había alrededor del espacioso patio del castillo, en el cual hicieron por la noche enormes hogueras para guisar, y comieron y bebieron en medio de una infernal algarabía. Rosa comprendió al punto todo lo que aquello significaba, y no se engañó, pues aquella misma noche, mientras daba de cenar a los dos niños, entró en la habitación la portera, pálida como una difunta, exclamando espantada :

—Hijos míos, rezad : hay guerra. Vuestro padre, que fué a convocar las tropas, y que acaba de llegar, marchará también con ellos. Mañana muy temprano saldrán.

Al día siguiente, antes que rayase la aurora, los clarines llamaron a las tropas para que se reuniesen. El portero del castillo, que era uno de los más valientes soldados de Cunrico, ya estaba armado. Ceñida la coraza y espada, cubierto con el casco, y empuñando la alabarda, se despidió de su mujer y niños, que lloraban amargamente ; también Rosa lloró con ellos tan de veras como si fuera hija suya.

Los caballeros forasteros, lujosamente armados, los hombres de a caballo, y los infantes con sus largas alabardas, pasaron por la puerta y rastrillo, marchando en orden de formación. Cunrico iba a retaguardia, y cuando todos estuvieron fuera del castillo, entregó las llaves de la puerta al anciano gobernador, y le dijo :

—Fiel gobernador, conserva en tu guarda día y noche estas llaves, y no dejes entrar ni salir a nadie sin que vayas acompañado por lo menos de dos hombres

de la guarnición : de ello me respondes con tu cabeza.

Espoleó al caballo, y pasó delante de los demás. Inmediatamente los rastrillos fueron levantados, las puertas cerradas y pasadas las barras.

Rosa y la portera estuvieron trabajando todo el día en la limpieza de la vajilla y en la colocación de las cosas en su sitio. Por la noche la portera dijo a Rosa :

—Mañana temprano he de ir con mis niños a visitar a mi anciana madre, pues con el traqueteo de ayer estoy atolondrada y muy afectada por la marcha de mi marido ; creo que esta visita me distraerá un poco. No vendré a casa hasta muy tarde, porque el camino es bastante largo para los niños. Tú puedes descansar todo el día, pues ya no tienes que cuidarte de la puerta.

A la mañana siguiente, antes de salir el sol, la portera emprendió la caminata acompañada de sus hijos.

En aquellos momentos Rosa se consideró la mujer más feliz del mundo. No pensó en descansar, y si el día antes no había podido ver a su padre más que algunos instantes por el mucho trabajo, este día podía consagrárselo entero, lo cual colmaba sus más ardientes deseos. Ya desde mucho tiempo antes había pensado Rosa en proporcionar al autor de sus días todo cuanto pudiera aliviar su desgracia. Así, pues, con la tela que la mujer del carbonero le había regalado había hecho algunas camisas, empleando las pocas horas que le quedaban libres, y a veces cosiendo hasta hora muy avanzada de la noche ; también le hizo un par de calcetas. Después de reunir todos esos efectos, fué corriendo a entregárselos a su padre, llevándole al mismo tiempo una gran jofaina con agua tibia, jabón y toalla, y le dió la llave para librarse de su cadena. Esto, para el buen Edelberto, que amaba extraordinariamente la limpieza, fué un gran consuelo por el que en vano había suspirado mucho tiempo.

—Me siento renacer — dijo a Rosa, cuando ésta,

al cabo de una hora, volvió para llevarse la ropa sucia y la jofaina.

—Ahora, querido padre — observó la joven—, conviene que salgáis a respirar el aire libre.

En el obscuro pasillo que conducía a la prisión había una estrecha portezuela que daba a un lindo huertecito, cedido para utilidad del carcelero, y cultivado por Rosa; a ese huertecito llevó la joven a su padre. La mañana era hermosísima; los rayos del sol eran templados y se sentía un gran bienestar. Cuando el caballero salió al aire libre y la luz del sol hirió sus ojos, le pareció entrar en el cielo.

—Dios mío — decía—, si después de la muerte se encuentra uno en medio de tanto esplendor, debemos morir con gusto.

Rosa presentó a su padre el almuerzo, consistente en una substanciosa sopa, que puso bajo una noguera situada en un rincón del huertecito, junto a una garita donde había un banco y una mesa, y le dijo que allí podría pasar libremente el día. Después añadió:

—Con sumo gusto yo os haría compañía, querido padre, si no tuviera mucho trabajo que hacer; pero ahora os veré con más frecuencia.

Dicho esto, marchóse apresuradamente. Su padre anduvo toda aquella hermosa mañana paseando de un lado a otro, disfrutando del esplendor del sol.

Rosa, después de haber servido a su padre una apetitosa comida, y visitádole varias veces al día, aunque siempre por cortos instantes, volvió por la tarde para reintegrarle otra vez, y con hondo pesar, a su calabozo. Mas, ¡cuál fué el asombro de su padre al entrar en él! Creyó que su hija, distraída, le había conducido, no a su prisión, sino a un aposento del castillo. Las paredes y la bóveda del calabozo, que antes estaban sucias y ennegrecidas, estaban limpias y blanqueadas; el sombrío pavimento había sido barrido y cubierto de finísima arena seca; la paja del jergón fué cambiada por otra

más seca y limpia, y puesta sobre él una sábana blanca y una almohada. Sobre la piedra que le servía de mesa había un jarro lleno de hermosas y fragantes flores. La mefítica atmósfera de la prisión fué renovada y embalsamada con el agradable perfume de las flores.

—¡ Oh ! ¡ cuántas alegrías me proporcionas ! — dijo Edelberto—. El amor filial puede convertir en un Eden un lóbrego calabozo. Pero — continuó, al contemplar las blanqueadas paredes y bóvedas—, tú sola no has podido hacer este trabajo... ¿ Quién en este castillo pudo ser tan generoso que haya consentido en ayudarte ?

— En este castillo — contestó la joven — hay un viejo soldado que en su juventud fué albañil. Hace algunas semanas que estuvo unos cuantos días enfermo, y la portera, a ruegos míos, le envió algunos alimentos que mucha falta le hacían. Yo se los llevaba, y siempre que tenía tiempo me sentaba junto a su cabecera y conversaba con él. Una vez me habló, sin saber que yo fuese hija vuestra, con mucho respeto y sincera lástima de vos. Me dijo que él había peleado a vuestro lado y salido gravemente herido en aquella batalla que estuvo a punto de perderse por Cunrico, pero que fué ganada por vos. A no ser así, él hubiera quedado abandonado en el campo de batalla, de donde vos le recogisteis. Ayer tarde le rogué tímidamente que me ayudase a limpiar vuestra espantosa prisión. Yo creí que hubiera puesto dificultades ; pero no fué así, aplaudió mi proyecto, y prestóse a llevar a cabo la mayor parte del trabajo.

— Hija mía — dijo Edelberto—, no me acuerdo de haber hecho bien a ese hombre ; pero su gratitud me afecta en extremo. He ahí, querida hija, cómo el bien que desde mucho tiempo hemos olvidado, todavía puede producir buenos resultados al cabo de largos años.

Teniendo Rosa que preparar la cena de la portera y de sus hijos, despidióse de su padre, y salió velozmente de la prisión.



Rosa presentó a su padre el almuerzo, consistente en una substanciosa sopa, que puso bajo una noguera... (Pág. 47.)

Desde entonces, la joven proporcionó diariamente a su padre un nuevo goce. Por la mañana le llevaba para almorzar un vaso de leche fresca con galletas o un par de huevos pasados por agua.

Un día en que regresó de la campaña el carcelero, que había salido de su casa para evacuar algunos asuntos, fué a ver al preso, y al entrar en el calabozo, quedó asombrado. Miró a todas partes, y, meneando la cabeza, dijo :

—Si el caballero Cunrico viese esto, también me daría una celdita semejante con ventanillas enrejadas, y seguramente no sería tan alegre como ésta. No obstante, mucho me agrada contemplar esta limpieza. Con unos puñados de cal y arena, un poco de fatiga y trabajo, han transformado esta lóbrega prisión en habitación limpia y clara, al paso que muchas personas, por ser sucias y abandonadas, convierten sus aposentos en tristes calabozos.

Pero, al salir al pasillo, dijo el portero muy seriamente a la joven :

—Rosa, no te regañaré por ser tan compasiva para con este caballero ; y aunque sospecho que aun le harás mayor bien, te lo disimularé ; pero ten cuidado con que tu compasión no llegue al punto de favorecer su fuga, lo que tampoco conseguiría, pues las puertas del alcázar están bien guardadas con barras, cerrojos y puente levadizo ; sólo el intentarlo, me haría muy desgraciado, pues perdería el empleo y el sustento, y sería arrojado de este castillo con mujer e hijos.

XIII

ROSA ES AMONESTADA POR SU PADRE

Mientras Edelberto y su hija Rosa disfrutaban de aquellos instantes de ternura, en Fichtemburgo sucedían cosas muy diversas. Hasta entonces en el castillo

del caballero Cunrico había reinado la alegría ; pero ahora el pesar se había adueñado de la suntuosa morada. Corrían funestas noticias acerca de la guerra que Cunrico, en su arrogancia, había emprendido contra un caballero poderosísimo. Cunrico había sido herido, y saqueado todo su bagaje. Su herida le tenía postrado en un castillo muy distante ; y así como en otras ocasiones habían venido a su castillo carros abarrotados de botín, esta vez era preciso enviarle dinero y efectos. Su esposa no podía ir a su lado, por hallarse sin tropas para hacer el viaje ; tampoco se atrevía a salir de las murallas, y estaba convencidísima de que su marido conservaba los hombres a su devoción solamente por miedo, y no por amor. Además, los enemigos de Cunrico vigilaban continuamente y cometían toda clase de tropelías en las inmediaciones. Algunas veces éstos se habían apoderado de los víveres comprados en una aldea vecina para el consumo del castillo ; de modo que la esposa de Cunrico y sus hijos tenían que contentarse con frugales alimentos y sufrir muchas privaciones. Los niños contrajeron las viruelas, y por muchos días se dudó de su salvación, y hasta la madre de éstos cayó enferma a consecuencia de tantas penas y cuidados.

Rosa estaba enterada de todo esto por la portera, y hasta de las cosas más insignificantes, pues la joven, algunas veces, pero sólo cuando se lo mandaban, subía a las habitaciones de los señores, y siempre a disgusto, pues, aun sin conocerlos a fondo, alimentaba en su interior una aversión profunda, sobre todo contra Cunrico, que tan vilmente había ultrajado a su padre, robándole hacienda y libertad.

Rosa puso al corriente a su padre de todo lo que pasaba en el castillo, y una imperceptible sonrisa asomó en los labios de aquél, al expresarse ella en estos términos :

—También ellos experimentarán ahora lo que son desgracias, y aprenderán a abatir su orgullo. El altivo y

arrogante caballero, que tantos pesares ocasionó a nosotros y a muchas personas más, experimenta en el día la verdad de aquella sentencia: «Cada cual será tratado según el trato que dé a los demás.»

Pero el magnánimo padre no era de la misma opinión de su hija, y le dijo:

—¿Cómo es posible, Rosa mía, que te expreses de ese modo? ¿Cómo es posible que yo vea asomar en tu dulce y benigno rostro la sonrisa de una maligna alegría? ¡Oh, hija querida, esos sentimientos no son buenos! ¡No emponzoñe el odio tu noble corazón!... Cier-to es que Cunrico me ha tratado injustamente, me aborrecía sin motivo, y me ha causado mucho mal, pero, ¿acaso has olvidado la doctrina y ejemplo de nuestro divino Redentor? ¿No estamos obligados a amar a los que nos odian, y hacer bien a los que nos hacen mal? ¿Por qué has de desear que el mal que nos ha causado Cunrico recaiga sobre su esposa? Bastante habrá sufrido ella con el áspero carácter de su marido, y quizá no aprueba el comportamiento de éste para con nosotros. Rosa, Rosa, cuida que el amor que me profesas no te lleve al odio contra mi enemigo. Para que veas, yo tampoco le odio. Tú sabes que, cuando yo vi en peligro la vida de ese caballero en lo más recio de la pelea, yo me arrojé contra el enemigo para salvarle, y hasta hubiera sacrificado mi vida. Y tú, Rosa, si volvieses a vivir, como antes, en la prosperidad, y hallándose en la miseria la esposa e hijos de Cunrico, viniesen a pedirte auxilio, ¿les negarías tu amparo y los dejarías perecer en la miseria, no habiéndonos hecho ningún mal?

—¡Oh, no! — respondió Rosa, conmovida—. Nunca haría yo eso, y de todo corazón partiría con ellos cuanto tuviese.

—Lo dudo — objetó el padre—, porque si nunca les concediste una cosa tan pequeña cual es una mirada afable o una palabra buena, ¿cómo les concederías otra cosa mayor? Si tú siempre evitaste hasta la ocasión

de verlos, ¿cómo podrías encontrar la oportunidad de hacerles bien? Desde ahora has de cambiar tu modo de proceder para con ellos; ve a encontrarlos, trátalos con afabilidad, y sólo de esta suerte les harás algo más cuando se presente la ocasión. No creas que te aconsejo esto para ganar la voluntad de nuestro enemigo en cuyo poder estamos, ni tampoco para que nos devuelva lo que nos ha usurpado. Si sólo por esto fuésemos afables con ellos, sería una miserable y rastrera hipocresía de que deberíamos avergonzarnos.

Con mucha atención escuchó Rosa a su padre, y mirándole afectuosamente con los ojos humedecidos por las lágrimas, dijo:

—Tenéis razón, padre querido. ¡Qué lejos estoy de merecer el Cielo! Desde ahora, con la ayuda de Dios, seré mejor. Aspiraré a amar a Dios sobre todas las cosas, y a todos los hombres, y también a Cunrico, su esposa e hijos como a mí misma. Si el sufrimiento me puede hacer mejor y más amorosa, sufriré gustosa hasta que Dios disponga.

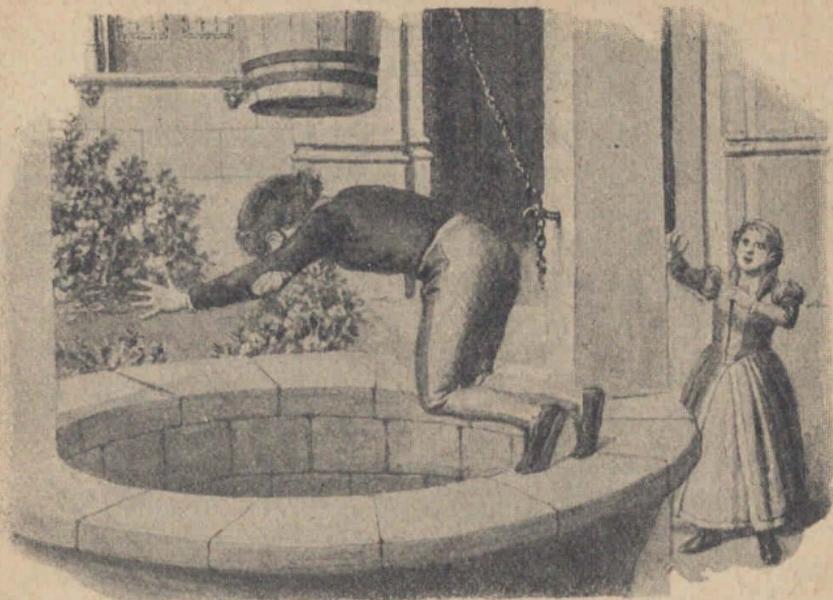
Rosa cumplió lo prometido; desde entonces no se apartó intencionadamente de los hijos de Cunrico, que ya habían recuperado la salud, cuando éstos, acompañados de su camarera, solían bajar a jugar en el patio; los saludaba con afable sonrisa, trabando con ellos conversaciones y procurando demostrarles mucha simpatía. Se hizo traer por Inés el corzo domesticado y el par de tórtolas, regalando el primero al niño y las tórtolas a las dos hermanitas.

XIV

HEROÍSMO DE ROSA

Después de abundantes y continuas lluvias, volvieron los hermosos días de estío.

Tecla, la camarera del alcázar, después de comer,



había bajado al patio con los tres niños de Cunrico. En medio de este espacioso patio había un pozo cuya profundidad era enorme.

Los tres hijos de Cunrico jugaban sobre la verde alfombra. Ita y Emma se recreaban mirando las hermosas y maduras serbas, rojas como la escarlata. Everardo se entretenía en tirar piedrecitas dentro del pozo, pues le agradaba escuchar el ruido que éstas producían al chocar contra el agua. Cuando estuvo cansado de este juego y se desvió algún tanto del pozo, vino volando un pajarillo y se metió dentro del cubo, que colgaba de una cadena en medio del pozo, con intención de beber o bañarse. El niño, que lo observó, dijo con su infantil sencillez a una de sus hermanitas :

—No te muevas ; verás que pronto cogeré ese pajarillo.

Subióse al brocal, extendió su bracito hacia el cubo, y al ver que su brazo era demasiado corto para aquella

distancia, inclinóse un poco más, perdió el equilibrio y su cuerpecito desapareció por la boca del pozo.

Sus dos hermanitas dieron un terrible grito. Tecla, la camarera, que estaba alejada de ellas, se acercó corriendo al oír las voces de las niñas. Al enterarse de la horrible desgracia, asomóse al pozo, miró dentro, y vió que el niño estaba colgado de una escarpia a bastante profundidad. La pobre camarera no sabía qué hacer. La señora estaba aún enferma en cama, sin poder salir de su habitación, y los demás moradores del castillo estaban en el campo ocupados en sus faenas. Tecla, consternada, levantaba sus manos al cielo, implorando el auxilio de Dios.

En aquel instante presentóse Rosa. Esta había tenido precisión de quedarse en casa porque la niña menor de la portera había caído enferma la noche anterior.

—No perdamos tiempo — dijo Rosa a Tecla —, ayúdame a subir al cubo para meterme en él, y después vas soltando poco a poco la cadena; con la ayuda de Dios salvaré al niño.

Y la intrépida joven se introdujo dentro del cubo, confiando en la misericordia divina. Mientras iba descendiendo, el pánico se apoderaba de ella, y la fría humedad del pozo le hacía temblar. Por fin llegó cerca del niño, objeto de sus ansias, y desde aquellas profundidades gritó a Tecla: «¡para!», y el cubo quedó inmóvil. Rosa puso entonces a contribución todas sus fuerzas para desenganchar al niño de la escarpia en que colgaba, lo cual era arriesgadísimo, pues no podía valerse completamente de ambos brazos, porque con uno de ellos había de mantenerse constantemente asida a la cadena para no precipitarse en aquel abismo. Por un momento creyó no conseguir sus intentos, y una indecible ansiedad se apoderaba de ella y hacía correr un sudor frío por su rostro. Rogó a Dios fervorosamente que no la abandonase en aquella angustiosa situación,

y, por fin, logró sus deseos. Cogió por el brazo al niño, que se agarró a su cuello fuertemente. Rosa entonces gritó: «¡Tira pronto, tira!», y Tecla, llena de contento, izó rápidamente el cubo.

A los gritos y lamentos de la servidumbre del castillo, que ya habían acudido, la madre del niño, que estaba enferma, asomóse a la ventana de su aposento. Espantada, oyó que decían en el patio que el pequeño Everardo había caído dentro del pozo; palabras terribles que hicieron estremecer de horror a la desgraciada madre. Con ansia infinita miraba en dirección al pozo, y al fin apareció Rosa, asida con un brazo a la cadena, y sosteniendo con el otro al niño que, abrazado fuertemente a ella, parecía dormitar sobre sus hombros. Cuando el cubo estuvo bastante elevado y Rosa oscilaba con el niño en el centro del gran brocal de piedra y a la altura del mismo, Tecla aseguró el torno, subió al pozo, y con un garabato destinado a este uso, tiraba del cubo para sí y pretendía coger al niño entre sus brazos, pero a la endeble muchacha le faltaban las fuerzas y agilidad necesarias para sostener el cubo y al mismo tiempo para tomar al niño de los brazos de Rosa. Aquel largo y espantoso espectáculo causaba horribles sufrimientos a la angustiada madre, pues a cada momento creía que todos tres se precipitarían dentro del pozo. Rosa comprendió que aquel medio era inútil, y rápida como el pensamiento, dijo a Tecla:

—Empuja el cubo suavemente con el garabato para que oscile de un lado a otro de la boca del pozo.

Tecla obedeció sin saber de qué serviría aquella maniobra.

—Después — continuó Rosa, infundiendo ánimo con su sonrisa a la trémula Tecla—, cuando el cubo llegue junto a ti, apodérate velozmente del niño; pero aguarda todavía hasta que yo te avise... ¡Ahora, ahora! — gritó Rosa.

Tecla entonces, un poco más animada, cogió al niño

en sus brazos y lo puso en el suelo ; después ofreció a la heroica joven la mano para ayudarla a salir del pozo, pero ella le dijo :

—Empuja el cubo de modo que se acerque a las pilastras.

Tecla obedeció, y cuando el cubo se aproximó a una de las pilastras, Rosa se abrazó a ella, apoyó los pies en el brocal del pozo y saltó al suelo. Inmediatamente se



arrodilló, elevó los ojos al cielo y dió gracias a Dios por haber salvado a ella y al niño. Hecho esto, levantóse, y su primer pensamiento fué su padre : inmediatamente corrió a llevarle la grata noticia de la salvación del niño.

Edelberto, en su júbilo, la abrazó derramando las lágrimas más dulces que hayan vertido los ojos de un padre, y le dijo :

—Hija mía, has ganado la más hermosa victoria : te has vencido a ti misma y has ido en socorro del enemigo.

GRANDEZA DE SENTIMIENTOS DE ROSA

Mientras Rosa corría hacia su padre, Tecla entregaba a la pobre madre al niño salvado. Desde aquel instante la afligida señora ya nada sentía de su enfermedad. Estrechó amorosamente a su hijo entre sus brazos y, derramando lágrimas de ternura, le preguntó si había recibido algún daño. El niño contestó que no; estaba muy pálido a consecuencia de la angustia por que acababa de pasar. Entonces la señora, sin soltar a la criatura, hincóse de rodillas, y llorando exclamó:

—¡ Oh Dios de bondad, Tú me lo has devuelto, para Ti lo criaré!

Levantóse, y, sintiéndose muy fatigada, se sentó en la cama, y decía al niño, que tenía sobre sus faldas:

—¡ Qué susto me has dado, niño malo! ¡ Cuántas veces te he prohibido acercarte al pozo! Mira cómo en un instante te hubieras ahogado por tu inobediencia. Sé, pues, en lo sucesivo, más obediente. Milagrosamente has vuelto a mis brazos; y da gracias a Dios que te ha salvado por medio de su santo ángel... Pero el ángel que ha ido en tu auxilio — continuó, dirigiendo una mirada alrededor de sí — es la pobre zagala del carbonero... ¿Cómo es que no está aquí?... Ve, Tecla, a buscarla, y hazla subir para que yo le dé las gracias: semejante acción merece recompensa.

Tecla dirigióse apresuradamente a la portería, donde ya estaba Rosa sentada junto al lecho de la niña enferma y haciendo media.

—Ven inmediatamente—le dijo Tecla—; la señora te llama; alégrate, que de seguro tendrás una buena propina.

Estas últimas palabras ofendieron la delicada sen-

sibilidad de Rosa, y se mostró algo reacia en seguir a Tecla, pues no quería recompensa alguna. No obstante, pensó que, si no aceptaba la invitación, pasaría por descortés y podría causarle pena a la regocijada madre. Fué, pues, entrando en el aposento de la señora, turbada de modestia, y con las mejillas encendidas. La noble dama salió presurosa a su encuentro, y abrazó tiernamente a la azorada muchacha.

—¡Hija mía — le dijo la señora—; te soy deudora de muchas gracias! ¡Qué noble acción has llevado a cabo, y de qué honda pena me has librado! Desde ahora serás considerada como una hija mía, y en mí hallarás una verdadera madre: desde ahora quédate para siempre a mi lado. Y tú — continuó, volviéndose a Tecla, con seriedad, aunque afablemente y sin cólera—, tú no puedes continuar por más tiempo a mi servicio; has cumplido pésimamente el sencillo deber de no perder jamás de vista al niño, pues, en vez de cuidar de él, por poco no has sido la causante de su muerte. Hoy mismo daré orden para que te abonen el salario, y mañana saldrás de este castillo.

—Permitidme, noble señora—intervino Rosa—, que interceda en favor de Tecla, y no llevéis a mal mi franqueza. Es cierto, y tenéis mucha razón, que Tecla ha faltado. Su distracción os ha ocasionado un profundísimo pesar, y por poco más hubiera costado la vida a vuestro hijo; pero este terrible suceso le servirá como un aviso, y, en lo sucesivo, cumplirá mejor con sus obligaciones. Ella, como habéis presenciado, ¿no ha procurado eficazmente reparar su falta, exponiendo su vida por salvar la de vuestro hijo? Después de haber mostrado poseer una alma buena y leal en la salvación de vuestro hijo, ¿querríais arrojarla de aquí sin ninguna compasión? Ved cómo Dios ha oído vuestras súplicas: ¿desdeñaríais los ruegos de una desgraciada? Dios ha sido compasivo con vos; mostrad también compasión con los demás. ¿Seríais capaz, antes de secarse las lágrimas

mas de contento que corren por vuestras mejillas, hacer brotar de los ojos de la pobre Tecla lágrimas de dolor, sin enjugarlas con benigna mano? De ningún modo, noble señora; no seríais capaz de ello... Respecto a mí, no acepto la plaza que se me ha ofrecido. Temería cometer un pecado en privar de su colocación a una pobre doncella y cimentar mi dicha sobre la ruina ajena.

La señora, después de mirar con ojos muy abiertos a la supuesta zagala de carbonero, le dijo:

—Verdaderamente, no sé si admirar más tu heroísmo o tu magnánimo corazón. ¿Quién sería capaz de negarte esa petición? Tecla no perderá su plaza, pero tú estarás a mi lado, y ya no te apartarás de mí. No me encuentro ahora en condiciones de remunerarte completamente, puesto que mi esposo está muy lejos y yo estoy encerrada en este castillo como una pobre cautiva; mas espero que pronto llegará el día en que mi esposo vuelva de la guerra y te recompense espléndidamente... Mientras, deja de servir a la portera, y ven a ser mi hija, mi compañera y amiga. Yo me cuidaré de que te vistan con otros trajes, pues tú has nacido para un estado mejor que el de criada.

Rosa conmovióse ante el proceder de la afable señora, que tan cariñosamente la trataba y con tal generosidad perdonaba a Tecla. Sintió nacer en su corazón un gran cariño hacia la señora, y no le desagradaban las proposiciones de la noble dama en tenerla a su lado. Pero acordábase de su padre, a quien entonces no podría ver con tanta frecuencia, ni confiar a manos ajenas, y vacilaba en descubrir el secreto de ser hija de Edelberto. Así, pues, decidió pedir primeramente consejo a su padre, y dijo a la señora:

—Perdonadme si tampoco puedo aceptar vuestras ofertas. Estoy muy agradecida a vuestros favores; pero, cuando con ayuda de Dios hemos hecho en la tierra algún bien, mejor es que no admitamos ninguna gracia y la esperemos para después en el cielo. Además, estoy

tan satisfecha y contenta en mi servicio, que no deseo ningún otro puesto. Yo, como criada del carcelero, tengo ocasión de hacer algunos pequeños beneficios a los presos; con esto me considero feliz; no me hagáis desgraciada con vuestros favores.

—Criatura singular — dijo la señora—, no acabo de comprenderte. Cuanto dices de felicidad en tu lóbrega portería, y de desgracia junto a mí, me parece cosa muy rara. Así, pues, ¿crees que mis facultades no alcanzan para que yo pueda serte útil? Dime lo que quieras, y yo te prometo por mi honor que, si es posible, lo tendrás.

—Pues bien — contestó Rosa—, os tomo la palabra: concededme todo el tiempo que me haga falta para pensar lo que os deba pedir. Creo que no tardará el momento en que podáis proporcionarme una inmensa dicha: entre tanto, dejadme en mi feliz obscuridad... Perdonad que ahora me ausente: no puedo permanecer por más tiempo alejada de la niña enferma de la portería.

Dicho esto, la joven bajó a la portería.

XVI

ES DESCUBIERTO EL NOBLE NACIMIENTO DE ROSA

La dueña del castillo, cuyo nombre era Hildegarda de Fichtemburgo, dotada de un corazón muy noble y de clara inteligencia, supo estimar los puros sentimientos de Rosa, y sintió la más íntima benevolencia para con ella; pero no veía bien claro el proceder de Rosa, y, no sin fundamento, creyó observar algo de misterioso en todos sus actos.

Inmediatamente dió al anciano alcaide del castillo la comisión de observar con cuidado todos los pasos y movimientos de Rosa. El viejo servidor así lo hizo, y sólo pudo averiguar que la joven era una excelente mu-

chacha por todos conceptos. Pero sucedió que una mañana el fiel alcaide presentóse todo sofocado a su señora a decirle que Rosa, a deshora de la noche, cuando todos dormían, visitaba en la prisión al caballero enemigo y permanecía con él largas horas.

La señora de Fichtemburgo quedó admirada, y contestó :

—Edelberto es nuestro mayor enemigo, lo cual me ha asegurado muchas veces mi esposo cuando le rogaba que no atormentase tanto a ese desgraciado caballero. Tantos agravios me ha contado mi Cunrico de Edelberto, que yo no puedo dudar de la gran enemistad que éste nos profesa. No me agrada que esta joven forastera trate con tanta intimidad a nuestro más encarnizado enemigo : yo misma iré a sorprender su conversación.

Después la noble dama mandó al alcaide que tuviese cuidado de avisarla si Rosa volvía a visitar al caballero, pero sin hablar de esto con nadie en el castillo.

Transcurrieron algunos días. Una noche se presentó el anciano servidor a su señora, y le dijo que Rosa había ido a la prisión del caballero Edelberto. Inmediatamente la dama envolvióse en un negro manto de seda, y se fué corriendo junto a la puerta de la prisión, que había quedado entornada. La dama se puso a escuchar.

—Los melocotones son sabrosísimos — decía el caballero preso— y de la misma calidad que los daba aquel árbol plantado junto a la torre de nuestro castillo. Siempre han sido mi fruta favorita.

—¡ Oh Dios mío ! — contestaba Rosa—, las lágrimas acuden a mis párpados siempre que veo melocotones como éstos. Si algún día pudiera yo coger las lindas frutas de aquel árbol, y llevarlas, como en otros tiempos, a vuestro aposento en una limpia cestita, graciosamente cubierta con hojas de parra...

—Da gracias a Dios, hija mía, de que me las puedas traer aquí. Creo que me dijiste que este año apenas

se han cogido diez en este castillo, y de ellos tres te ha regalado la señora, que es muy buena para contigo.

—Por eso, querido padre, pienso continuamente en que debo decir algún día a esa señora que soy vuestra hija. Yo creo que el secreto estará bien guardado en su pecho, y ella, mejor que nadie, podría implorar de Cunrico la gracia de ponerlos en libertad.

—No lo creas — dijo Edelberto — ; no tienes la menor idea de cuánto me odia ese caballero. El corazón de esa excelente señora puede ser blando y suave como la tierna y esponjosa carne de este melocotón ; pero el corazón de su esposo es duro como este hueso y, antes de partirlo, te romperías los dientes.

—Pues a mí me parece, padre mío, que en cuanto sepa Cunrico que vuestra hija fué quien, con ayuda de Dios, salvó la vida a su hijo, no os dejará perecer en esta prisión. Si yo me arrojo a sus plantas y le pido vuestra libertad... ¡ah! seguramente no me desoiría.

—No lo creas — objetó Edelberto — ; le conozco demasiado bien.

—¿Creéis, querido padre, que si se pudiera convencerle de que vos, a quien ha despojado de cuanto poseáis, le amáis, sin embargo, y bendecís, y gustoso le colmaríais de bienes ; que vos me habéis enseñado a amarle y bendecirle, así como a todos los suyos ; que yo, sin vuestros consejos, quizá no me hubiera apresurado a salvar a su hijo de una muerte segura, no conseguiría ablandar su duro corazón?

—Tal vez sea posible ; pero para mí no es siquiera verosímil. De todos modos, por ahora nada hay que hacer, pues hasta que él venga yo he de permanecer en la prisión. Sin su consentimiento, aunque la señora me diese la libertad, yo no la aceptaría, pues ella tendría que sufrir las consecuencias... No más que me dejase andar libremente por el castillo, sería esto suficiente para atraer mil iniquidades sobre el hombre sospechoso... Calla, pues, hija mía ; yo continuaré preso, pues

no quiero acarrear ningún pesar a tan excelente señora. Dios lo dispondrá bien todo ; y, puesto que esta conversación nos causa hondo pesar, dejémosla por hoy.

Padre e hija se pusieron a hablar de otros asuntos.

En vista de esto, la señora, que ya había oído bastante, a toda prisa regresó a su aposento. Toda la noche la pasó sin poder conciliar el sueño.

XVII

ROSA IMPLORA LA LIBERTAD DE SU PADRE

Al día siguiente, la esposa de Cunrico mandó llamar a Rosa, y con acento cariñoso, le dijo :

—Ha llegado a mis oídos que sientes mucha compasión por el buen caballero que hay preso en nuestro castillo y que le haces mucho bien ; esto me agrada mucho y te lo alabo ; pero tú, hija mía, nada tienes para ti misma. Yo te ayudaré en tu caritativa obra con mi cocina y mi bodega.

En efecto, desde aquel día, la señora de Fichtemburgo entregaba a Rosa, para que se los llevara a su padre, los más selectos manjares de su mesa y el vino más exquisito. Todo esto lo hacía de modo que el alcaide no se enterase ; aún más, supo tranquilizar perfectamente al viejo acerca de las sospechas que había concebido contra Rosa. Diariamente la virtuosa señora bajaba con sus niños a la habitación del portero para visitar, como decía, a la salvadora de su hijo, y por la deferencia con que trataba a Rosa y el ascendiente que tenía sobre la portera, consiguió que las obligaciones de la niña no fueran tan penosas, y que ésta, en las horas libres, subiera a visitarla en su aposento, permitiéndole llevar consigo a los niños de la portera, con cuyo favor ésta se envanecía, considerándose feliz con

tener una criada que había sabido captarse las simpatías de la noble ama.

Transcurrían los días, y la señora de Fichtemburgo aguardaba con doble ansia la vuelta de su esposo; y si no hubiese recibido noticias de que se hallaba nuevamente en paz y que pronto regresaría, se hubiera determinado a partir en busca de él.

Por fin, volvió el caballero Cunrico a Fichtemburgo. Cuando hubo pasado el estrepitoso júbilo de los primeros saludos, y mientras el caballero Cunrico contemplaba amorosamente a su hijo, que era una preciosa criatura, la madre le contó la caída del niño al pozo y su salvación debida a Rosa. Refirió todo esto con tales pormenores y pintólo tan a lo vivo, que el caballero, estreme-ciéndose, exclamó, dirigiéndose al niño:

—¡ Ah, querido Everardo, en qué poco estuvo ahogarte y perderte para siempre! ¡ Qué horrible desgracia hubiera sido para mí y para tu madre! Sólo de pensarlo se hiela la sangre en mis venas. Procura, en lo sucesivo, ser más discreto.

La madre enseñó al esposo el vestido que el niño llevaba cuando cayó dentro del pozo, y que guardaba para memoria de aquel lance, y mostróle el rasgón que había hecho la escarpia. Cunrico, observándolo muy atento, decía con espanto:

—Gracias a que fué socorrido a tiempo, de lo contrario, se hubiesen rasgado unos pocos hilos más, y Everardo hubiera perecido. Esta pobre criada nos ha prestado un señalado servicio; y a fe mía que su conducta es digna de loa. Alabo su ánimo resuelto. ¿La has recompensado?

—Eso — dijo su esposa — lo dejo para ti. Me pareció mezquino todo cuanto hubiera podido darle, pues expuso su vida. Yo esperaba tu presencia aquí para que la recompensases, y espero que no me dejarás desairada.

Cunrico sintió una emoción cual jamás había sentido en su vida, y, a fuer de hombre impetuoso, quiso



Rosa fué llamada y entró en el salón con modesto aspecto. El caballero la saludó, diciéndole con tono gozoso: (Pág. 65.)

ver inmediatamente a la muchacha. Rosa fué llamada y entró en el salón con modesto aspecto. El caballero la saludó, diciéndole con tono gozoso :

—Salve, joven heroína, salvadora de mi hijo... pero ahora recuerdo que te vi una vez en la habitación del portero ; mas entonces no descubrí que atesorases tan buen corazón. Te soy, pues, deudor de grandes favores ; porque, sin ti, sería un padre desgraciado, y este día hubiera sido para mí el más amargo de mi vida. Dime lo que deseas, y te complaceré en seguida... Sí—exclamó, levantando la voz en el exceso de su gozo paternal, y como hombre que jamás había aprendido a moderar sus ímpetus— ; te doy palabra de honor, como caballero, que si tú desearas mi castillo de Fichtemburgo o el de Tanemburgo, te los entregaría.

Rosa, sin abandonar su modesta actitud, contestó dulcemente :

—Gran palabra habéis empeñado, señor, y son testigos estos nobles caballeros. Yo os pudiera pedir un gran favor, y no podríais negármelo ; pero yo no deseo favor alguno, solamente os pido justicia : dadle la libertad a mi padre y restituidnos lo que nos habéis quitado.

—¡ Cómo ! — preguntó Cunrico, sorprendido—. ¿ Os he robado y saqueado ? ¿ Quién eres tú, quién es tu padre ?

—Yo soy Rosa de Tanemburgo, y Edelberto es mi padre.

Los dos caballeros forasteros, los escuderos y soldados que presenciaban aquella escena, quedaron atónitos ; Cunrico retrocedió un paso y permaneció como una estatua. Al mismo tiempo que sintió profunda emoción por la hazaña de la hija, brotó de nuevo en su corazón el antiguo odio que sentía por el padre. Una espantosa lucha de sentimientos opuestos agitaban su espíritu. Blanco como la pared, miraba ferozmente con sus ojos negros en derredor de sí, y murmuraba :

—Gustosamente daría uno de mis dos castillos, si

otra persona, que no fuera la hija de ese hombre, hubiera salvado a mi hijo.

Entonces la esposa de Cunrico, dando a su voz un acento dulcísimo, intervino y dijo :

—Esposo mío : hace muy pocos días me enteré de que esta infeliz muchacha, pobremente vestida, es hija de Edelberto. Con ese traje, impulsada por el más acendrado amor filial, vino a nuestro alcázar para poder visitar a su padre en la prisión, consolarle, servirle y partir con él el alimento que se quitaba de la boca. Para conseguir esto, entró a servir al carcelero, y ha sufrido con santa resignación las extravagancias de la carcelera, en cuya casa no ha podido permanecer muchos días la más infeliz doncella de la comarca. Se me oprimía el corazón cuando, desde mi ventana veía a Rosa, una señorita de nacimiento igual al nuestro, llevar sobre la cabeza un pesado cubo de agua, o barrer el patio del castillo, lo mismo que la más ínfima criada. No he dejado traslucir que yo estaba enterada de su condición, porque sin consentimiento tuyo nada me atrevo a determinar sobre este asunto. Yo esperaba ansiosamente tu regreso ; pero ahora, amado Cunrico, no prolongues por más tiempo la infelicidad de ese padre y de esa hija.

—Lo que esta señorita ha hecho por su padre — exclamó entonces Sigeberto, uno de los dos caballeros forasteros — vale muchísimo más que cuanto aventuró por tu hijo, pues para salvar a éste bastaba un momento de valor, que también pueden tener a veces los corazones menos nobles. Yo, en tu lugar, Cunrico, no pensaría por más tiempo en lo que debiera hacer.

Por fin, después de breve silencio, Cunrico dijo a la joven, con entrecortada voz :

—Vuestro padre, señorita Rosa, queda en libertad, y le devuelvo su castillo con todos los bienes : fui injusto con él... Hombre que ha educado tal hija no puede ser malo.

Rosa vió el cielo abierto ; y los dos caballeros, sin poder contener su emoción, presentaron a Cunrico, en estilo caballeresco, su mano derecha.

—Sois un verdadero noble — dijo el caballero Teobaldo—, y desde ahora os estimo más que antes.

—Habéis obrado cual convenía a un bizarro caballero—añadió Sigeberto—. Ser justo es más que ser valiente, y vencerse a sí mismo vale más que vencer a los enemigos.

XVIII

ROSA ES PORTADORA DE LA LIBERTAD DE SU PADRE

Desde este feliz acontecimiento, Cunrico sintió renacer en su corazón los más nobles sentimientos ; creyó ser otro hombre. La satisfacción del deber cumplido le hacía experimentar una sublime alegría que jamás había sentido ; y, a la manera que después de la tempestad viene la bonanza, por la primera vez nacieron en su pecho la paz y el sosiego.

Rosa se aproximó al caballero y le dió las más efusivas gracias.

—Vamos, mi apreciable señorita — dijo Cunrico—, no deis tanta importancia al asunto. Yo no merezco alabanza ni gracias, y habría sido muy cruel obrando de otra suerte. Olvidad eso. Deseamos ver a vuestro padre fuera de la prisión, pues sería un crimen hacerle permanecer ni un solo instante más en ella. Puesto que es a vos a quien vuestro padre tiene que agradecer su libertad, vos también se la debéis anunciar ; pero, cuando lo hagáis, habladle en mi favor para que me perdone la injusticia que cometí con él.

La señora Hildegarda hizo entonces una seña a su esposo, y ambos se dirigieron a la ventana para hablar sin testigos. Poco después, volvieron junto a Rosa, y la noble dama dijo a la joven :

—Venid primero conmigo, estimada señorita.

Y la esposa de Cunrico llevó a Rosa a un suntuoso aposento, en el que ya estaban dispuestos los vestidos y joyas para el momento en que la joven pudiera volver a ocupar el puesto que por su condición le correspondía.

Rosa lavóse el rostro y las manos para hacer desaparecer el color moreno con que se los había teñido, y la señora Hildegarda, después de haberle arreglado su abundante cabellera, la vistió con un lujoso traje blanco. Entonces apareció la joven indeciblemente bella, y su bellísimo rostro podía competir con ventaja con el hechicero blanco y encarnado de una fresca flor de manzano.

Cuando terminó de vestirla, Hildegarda sacó un precioso cofrecito de ébano esmaltado de oro, y, abriéndolo, dijo a Rosa :

—Mirad, aquí están las alhajas de vuestra difunta madre. Mi marido, que las estimaba como un rico botín, me las había regalado, pero jamás hice uso de ellas, pues hubiera creído una ignominia engalanarme con objetos robados, y, como propiedad vuestra, han sido para mí sagradas, y siempre deseaba llegase el momento de poder devolvéros las. Tomadlas, pues.

Rosa, agradecida, tomó las alhajas. Contempló las hermosas piedras y perlas con que estaban adornadas, pero no mostró la alegría que la señora Hildegarda esperaba.

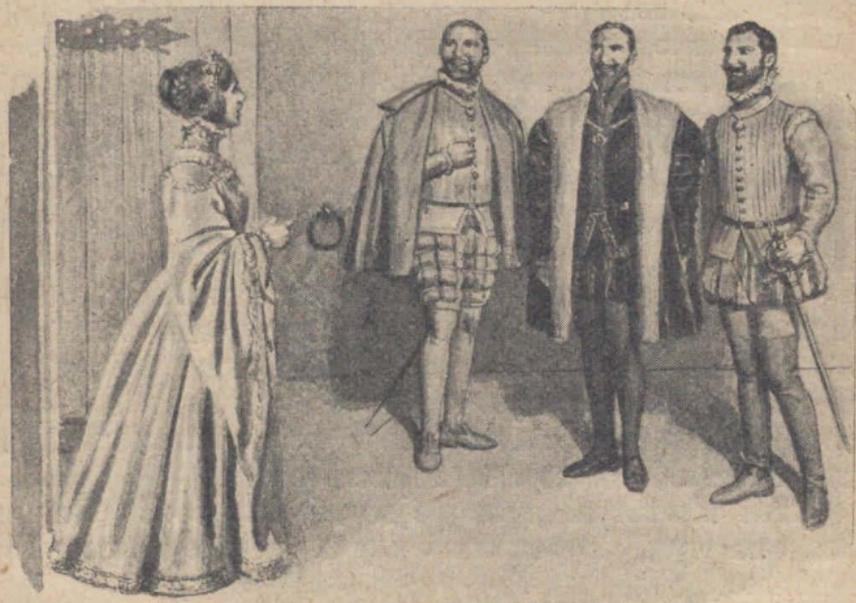
Después la excelente dama acompañó a la joven hasta la prisión de Edelberto. Rosa abrió precipitadamente la puerta, y al entrar, exclamó :

—¡ Alabado sea Dios ! ¡ Querido padre, ya estáis libre !...

Rosa no pudo continuar, pues quedó sorprendida al ver a su padre vestido como en otras épocas en días festivos, en traje de caballero con terciopelo negro adornado con la cadena de oro de la cual pendía la condeco-

ración, y, colocados a su lado, los caballeros Sigeberto y Teobaldo.

Esto tenía su explicación: Hildegarda, cuando habló secretamente con su esposo junto al balcón del salón, le había dicho que, mientras ella vestía a Rosa como señorita, él también debía mandar vestir de caballero al padre de la joven; y que, para evitar que Edelberto sufriera una impresión demasiado fuerte



...quedó sorprendida al ver a su padre vestido como en otras épocas en días festivos... (Pág. 68.)

al comunicarle tan grata nueva, Sigeberto y Teobaldo podían, entre tanto, preparar algo al prisionero, si bien no debían dejarle traslucir que estuviese tan próxima su libertad, a fin de no privar a la hija del placer de ser la primera en anunciar a su padre la buena nueva.

Emocionadísimo, Edelberto abrazó a Rosa, y le dijo:

—¡ Ah, querida hija! tú, con ayuda de Dios, has alcanzado una victoria que un ejército entero no hubiera

conseguido. Demos gracias al Supremo Hacedor, que ha dirigido todo de modo tan prodigioso.

Edelberto, que advirtió cuán ricamente adornada estaba su hija, le dijo :

—No solamente Dios te ha concedido lo que tantas veces le pediste y dado la libertad a tu padre, sino que, además, ha hecho volver a tus manos las alhajas de tu buena madre.

Sigeberto y Teobaldo quedaron admirados de la hermosura de Rosa.

—Verdaderamente, linda señorita—dijo Teobaldo—, no habéis hecho a vuestro padre pequeño sacrificio ocultando ese rostro tan hechicero bajo el color atezado, y desfigurando vuestro flexible talle con aquel vil traje. Realmente sois bella como un ángel.

La joven se ruborizó y tomó las frases del caballero por una lisonja que no merecía.

—La hermosura — intervino entonces Sigeberto — es la menor dote de esta señorita, y vale muchísimo más el acendrado amor a su padre. Como un ángel entró en su prisión para endulzar sus penas, y hoy se le presenta también como un ángel para anunciarle la libertad que ella misma le ha conseguido.

Rosa manifestó a su padre los ruegos de Cunrico para que aquél le perdonase ; y Edelberto, conmovido, le contestó :

—Tú sabes, hija mía, que desde hace mucho tiempo le he perdonado.

En aquel instante se abrió la puerta de la prisión y entraron el caballero Cunrico, su esposa y el niño Everardo. Edelberto y Cunrico se estrecharon las manos y se abrazaron con la más intensa emoción. El odio desapareció entre aquellos dos hombres, y éstos se prometieron solemnemente una amistad eterna.

XIX

A ROSA Y A SU PADRE LES SON DEVUELTOS SUS BIENES

Al día siguiente, muy de mañana, Cunrico, con traje de viaje y calzado de botas y espuelas, dirigióse a la habitación de Edelberto, y le dijo :

—Hace rato que he mandado a mis gentes tomar los arcabuces y ensillar. Quisiera partir contigo para Tanemburgo a restituirte tu fortaleza y tus bienes. Pero mi esposa opina que, como un castillo en que se ha alojado por tanto tiempo la soldadesca, no podía ofrecer muy buen aspecto, era preciso arreglarlo primero. En esto—agregó Cunrico, sonriendo—tiene mucha razón ; a mí no se me había ocurrido. Quédate, pues, querido Edelberto, algún tiempo más en mi castillo con tu Rosa. Entre estos muros has pasado días aciagos ; pasemos, por tanto, juntos, algunos días alegres.

Edelberto aceptó satisfecho la invitación. Cunrico pasó con él al gran salón, adonde no tardaron en acudir Sigeberto y Teobaldo con sus escuderos. Inmediatamente sentáronse a la mesa para tomar el desayuno. Terminado éste, los dos caballeros forasteros, que ansiaban volver a sus dominios, despidiéronse de Cunrico y Edelberto y partieron con sus tropas, que los aguardaban en el patio del castillo.

Ya solos, Cunrico dijo a Edelberto :

—Ante todo, quiero que veas mi alcázar, y después de comer saldremos a cazar.

Entretanto, Hildegarda enseñaba a Rosa sus arcas llenas de blanquísima lencería y sus más hermosos y ricos bordados. Después abrió algunas arcas colocadas en distintos aposentos, y en las que estaba guardado todo cuanto de telas finas y buenos vestidos había traído Cunrico de Tanemburgo a Fichtemburgo.

—Todo lo he conservado cuidadosamente — explicó la excelente dama—, y sin pérdida de tiempo lo mandaré conducir a vuestro castillo. Vuestra buena madre, según me han dicho, había confeccionado con sus propias manos las más hermosas de estas prendas.

Rosa demostró deseos de hacer una visita a la portería y fué acompañada por la señora Hildegarda. Cuando atravesaban el patio del castillo, se unieron a ellas Edelberto y Cunrico. Rosa fué la que primero entró en la portería; al verla el portero, exclamó:

—¡Oh Rosa!... perdonad... quise decir señorita Rosa. ¡Qué alegría experimento! Entrad en la habitación, y vosotros, nobilísimos señores. ¡Ah! ¡quién había de pensar que toda una señorita de Tanemburgo era mi criada! ¡No acabo de comprender cómo una noble señorita haya sido quien barriese el suelo que piso!... Hasta ayer tarde, cuando cundió la noticia por el castillo, no me enteré. Ahora celebro vuestro amor filial, y según veo, Dios y mi noble amo os lo han recompensado. En cuanto a mi Eduvigis, cuando se enteró, casi perdió el juicio... Miradla, allí viene.

En efecto, la portera se acercó y quedó avergonzada cuando vió en su presencia, magníficamente vestidos, al caballero Edelberto y a la señorita Rosa, acompañados de sus señores.

Pasados algunos días, Cunrico, su esposa, Edelberto y Rosa, seguidos de un crecido acompañamiento de gente armada y de criados lujosamente vestidos, partieron para Tanemburgo. La noticia de cuanto había acontecido en Fichtemburgo se había extendido por todas partes. En todas las aldeas y lugarcillos de Cunrico, por donde pasaban, de cada casa y de cada choza salían sus habitantes con alegres semblantes que mostraban su contento por la amistad de los caballeros; pero sobre todo querían contemplar a la señorita que tan amorosamente había cuidado a su padre, y con su heroísmo había salvado al hijo de Cunrico. Cuando Edelberto llegó a su te-

rritorio, reinaba por todas partes la tranquilidad más absoluta, y los lugares parecían inhabitados, de lo cual se maravillaba y hacía mil suposiciones, hasta que, entrando por la puerta de su alcázar, vió el patio ocupado por una gran muchedumbre. Todos sus empleados se habían reunido y colocado allí en orden : a un lado estaban situadas en hileras las niñas, las doncellas y las casadas, vestidas como en día de fiesta. Burkhard, el carbonero, habló en nombre de los hombres, y su esposa Gertrudis en el de las mujeres, testimoniando la inmensa alegría que todos experimentaban al volver a ver a su querido señor y amada señorita.

En un sitio elevado, y delante de la puerta interior del patio por donde se entraba a las habitaciones de Edelberto, se hallaban, entre otros muchos caballeros, Sigeberto y Teobaldo con sus esposas e hijos, vestidos de gala y rodeados de una numerosa servidumbre. Delante de todos estaba Inés, la hija del carbonero, ostentando en la cabeza una preciosa corona de flores y vestida de blanco, llevando en las manos un cojín de púrpura, sobre el cual estaban las llaves de la fortaleza, relucientes como la plata, y adornadas con lazos dorados.

—Noble señorita — dijo Inés—, vos, después de haber libertado a vuestro querido padre, con vuestro amor filial le habéis abierto nuevamente las puertas de su castillo : recibid estas llaves para que se las entreguéis al autor de vuestros días.

Rosa presentó el cojín a su padre, quien tomó las llaves, dirigiendo una mirada de agradecimiento al cielo. Acudió a su memoria el recuerdo de aquella espantosa noche en que se encontró ante aquella misma puerta en medio de la tempestad y de la lluvia, echado en una carretilla, y sacado de su castillo, al mismo tiempo que Rosa, llorando amargamente, le seguía. El grato recibimiento que en su honor había dispuesto la esposa de Cunrico le causó singular impresión, y dijo :

—Antes de pisar las escaleras de esta mansión, di-

rijámonos a la capilla y cantemos de todo corazón alabanzas al Señor por haber transformado el pesar en júbilo. Los caballeros y las damas aplaudieron la idea de Edelberto, y se dirigieron a la capilla.

XX

EL FUTURO DESTINO DE ROSA

Edelberto y su hija, Cunrico y su esposa visitábanse con frecuencia. Siempre que se le presentaba ocasión, el esposo de Hildegarda guardaba en provecho suyo y de sus vasallos el consejo de su amigo Edelberto. Rosa respetaba y amaba a la noble señora de Cunrico como a una segunda madre. La amistad que las dos familias se profesaban contribuía mucho a que fuese agradable la vida de todos.

Pero llegó una época en que Cunrico dejó de ir a Tanemburgo, y hasta excusaba con frívolos pretextos las visitas que Rosa y su padre le anunciaban. Un día, sin previo aviso, se apeó de su caballo blanco en el patio del castillo de Edelberto, e invitó a éste y a su hija a que, sin dilación, pasasen a Fichtemburgo. Estos comprendieron que había ocurrido alguna novedad; mas no alcanzaban a penetrar el secreto. Partieron inmediatamente, y cuando hubieron llegado a Fichtemburgo, Cunrico, sin darles apenas tiempo para saludar a su esposa, dijo a Edelberto:

—Es preciso que vengas conmigo y Rosa también. Se dirigieron al lóbrego pasadizo del calabozo donde estuvo encerrado Edelberto.

—¡Por Dios!—exclamó el padre de Rosa—; ¿adónde me llevas?

—¿Qué vamos a hacer en esa triste prisión?—preguntó, espantada, la hija.

Cunrico no contestaba; abrió la puerta de la pri

sión, y Edelberto y su hija quedaron asombrados al entrar en una hermosísima capilla, magníficamente adornada, y cuyo altar brillaba ricamente con esculturas doradas.

—He creído — explicó Cunrico — que esta transformación sería de vuestro agrado. Quise sorprenderos, y, al efecto, me privé de vuestras visitas durante la construcción. La capilla resulta muy hermosa, ¿verdad?



se apeó de su caballo blanco en el patio del castillo de Edelberto... (Pág. 74.)

—Así, pues — interrumpió la señora Hildegarda—, mañana el abad Norberto vendrá a consagrar la capilla. Sigeberto, Teobaldo y otros muchos caballeros, que sienten por nosotros gran estimación, concurrirán acompañados de sus esposas e hijos a esta festividad; pero nuestros más caros y estimados huéspedes sois vosotros, insigne Edelberto y mi amada Rosa.

La consagración de la capilla resultó un espectáculo

hermosísimo y solemne. Los caballeros invitados acudieron puntualmente con sus familias a la hora señalada.

El venerable abad Norberto subió al altar con mitra y báculo, y rodeado de numerosos sacerdotes que ostentaban ricos ornamentos, se volvió hacia los fieles, cuya fervorosa actitud y continente advirtió con piadoso regocijo, y pronunció un sermón alusivo al acto que se celebraba.

Consagrada la capilla y celebrada en ella la primera misa, pasaron los invitados al gran salón. Apenas se habían sentado a la mesa, oyóse el eco de clarines en el patio del castillo. Muchos criados se agolparon a la puerta de la sala y gritaron :

— ¡ El príncipe !

Los caballeros quisieron salir para recibirle, pero en el mismo instante entró el príncipe en la sala acompañado de muchos caballeros. El recién llegado era un hombre alto y de gentil presencia : sus cabellos empezaban a blanquear, pero sus ojos despedían llamas de fuego. Saludó primero a Edelberto, le presentó la derecha, y dijo :

— He querido comunicaros la primera noticia de la paz gloriosamente ganada, daros las gracias de parte del emperador y mía, por vuestros auxilios, y devolveros personalmente vuestras valientes tropas, que han ayudado a conseguir la paz. Ayer noche llegué a Tanemburgo, y allí me dijeron que estabais en Fichtemburgo, y, al romper el día, he partido con mis guerreros, convencido de que también hallaríamos en el caballero Cunrico un leal y fiel amigo. ¿ No es verdad — dijo, volviéndose a Cunrico, y ofreciéndole la mano — que no esperabais semejante sorpresa? Os participo al mismo tiempo, por expresa orden del emperador, su gran satisfacción por vuestra conciliación con el bizarro Edelberto ; y yo, por mi parte, os digo que estoy muy contento por hallar aquí juntos en paz y concordia a dos caballeros.

Cunrico no cabía en sí de gozo por la gracia del emperador y del príncipe.

En seguida volvióse el príncipe a la esposa de Cunrico, y le dijo :

—Señora, confiado en vuestros generosos sentimientos, yo, sin ser invitado a la consagración de la capilla, me convido por mí mismo a la mesa, y por mí y en nombre de los caballeros que me acompañan os saludo, amable huésped.

Después, dirigiéndose a Rosa, se expresó así :

—Para vos, señorita, tengo una misión particular que sabréis después de comer. Ahora saludaré a todas estas personas aquí reunidas, para no diferir por más tiempo la hora de comer, porque, a decir verdad, con la veloz carrera que he traído, siento un gran apetito.

Ya de sobremesa, el príncipe tomó la palabra, y dijo :

—Aunque ya sabíamos en el campamento imperial la enemistad que existía entre Edelberto y Cunrico, así como su reconciliación y cuanto para ello han hecho la señora Hildegarda, y sobre todo la señorita Rosa, la historia me ha excitado tal interés, que aun desearía saber algunos detalles más.

Fué preguntando alternativamente a Edelberto y a Rosa, a Cunrico y a Hildegarda, los cuales contestaban a sus preguntas. El príncipe los escuchaba atentamente y manifestó muchas veces su lástima al bizarro Edelberto y su aplauso a la gentil Rosa. También dispensó grandes alabanzas a la señora de Fichtemburgo, y manifestó honda satisfacción por el proceder de Cunrico. Edelberto y Rosa, por respeto a Cunrico, querían callar en sus narraciones muchas cosas, o hablar de ellas muy ligeramente ; pero Cunrico las refería por sí mismo francamente.

El duque, entusiasmado, levantóse de su asiento, y, tomando la copa, dijo :

—¡ A la salud del emperador !

Todos, a una, contestaron con un ¡ viva ! y bebie-

ron. En seguida el duque dejó la copa de oro en la mesa, se volvió a Rosa, y le dijo :

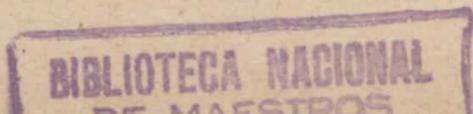
—Señorita : en este feliz momento voy a comunicaros, de parte del emperador, la gran satisfacción que ha experimentado al enterarse del acendrado amor que profesáis a vuestro padre, y que ha contribuído a evitar una sangrienta guerra. Además, haré saber a vos y a vuestro padre lo que sabiamente ha dispuesto nuestro magnánimo señor.

El duque hizo seña a uno de los caballeros que le acompañaban, y era portador de una preciosa caja de marfil en la que iba encerrado un pergamino, del que pendían cordones de seda y oro, y un gran sello imperial. El duque presentó el pergamino a la asombrada Rosa, y le dijo afablemente :

—Señorita : no teniendo vuestro padre hijo varón, el feudo de Tanemburgo recaería con todos sus bienes en el emperador ; pero, en vista del servicio que habéis prestado al reino, servicio quizá más importante que cuanto hubieran podido hacer diez hijos varones, este feudo, como lo explica perfectamente este pergamino, se os cede por el emperador y príncipe del reino. Ahora podéis, según el dictado de vuestro corazón, elegir para esposo entre los más nobles herederos de Alemania, sin otra condición que la de tomar el título de Tanemburgo.

El padre de Rosa quedó profundamente afectado por aquella especial gracia del emperador ; y su hija, que no se creía merecedora de tal distinción, apenas pudo hallar palabras con que expresar su agradecimiento. Pero, a consecuencia de aquella gracia, el duque casi logró sus deseos, pues muchos nobles y jóvenes caballeros aspiraron a la mano de Rosa, quien, entre todos los más nobles, eligió a Egberto, hijo menor del duque, y con el cual se casó y vivieron felices.

FIN



BIBLIOTECA SELECTA

VOLÚMENES PUBLICADOS

1. El molino de los pájaros.
2. Corazones dormidos.
3. Flores de juventud.
4. La vanidosa Alicia.
5. El espadachín.
6. El heredero.
7. La fuerza del bien.
8. El sueño de Pepito.
9. Juegos y hazañas de animales.
10. Cuentos de Andersen (tomo 1.º).
11. Cuentos de Andersen (tomo 2.º).
12. La cabaña del tío Tom.
13. Robinsón.
14. El teatro de los animales.
15. Verdades y fantasías.
16. Mimos de niña.
17. El instinto de los animales.
18. El amor y la guerra.
19. El premio gordo.
20. Un ministerio de animales.
21. La pícara vanidad.
22. Un Charlot del mundo animal.
23. Un experimento del doctor Ox.
24. Un drama en los aires.
25. Por mentir.
26. Rosina.
27. Paquito el explorador.
28. Desconocida aventura de Teresa Panza.
29. El Angel.
30. Ib y Cristina.
31. El último sueño del roble.
32. El cofre volador.
33. El tío «cierra el ojo».
34. La virtud del borrico.
35. Fábulas de Iriarte.
36. En otros tiempos.
37. La campana.
38. Los forzadores del bloque.
39. Una ciudad flotante (primera parte).
40. Una ciudad flotante (segunda parte).
41. Miguel Strogoff (1.ª parte).
42. Miguel Strogoff (2.ª parte).
43. Las Indias negras (1.ª parte).
44. Las Indias negras (2.ª parte).
45. El rigor de las desdichas.
46. Los huevos de Pascua.
47. La guirnalda de flores.
48. La paloma.—El canario.
49. El canastillo de flores.
50. El honrado Fridolín.
51. La «Granja de los Tilos».
52. Rosá de Tanemburgo.
53. El nido del pájaro.
54. La cruz de madera.
55. El condesito.
56. La condesa Ida.
57. Héctor Servadac (1.ª parte).
58. Héctor Servadac (2.ª parte).
59. El maestro Zacarías.
60. Martín Paz.